COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE DE SALDAÑA.

PRIMERA PARTE.

)E DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

rey don Alfonso el casto.	*Doña Ximena, infanta.*	*El Alcayde de Luna.*
conde de Saldaña, galan.	*Doña Sol, dama.*	*Abenyucef, moro.*
rnardo del Carpio, jóven.	*Don Gaston, caballero.*	*Monzon, lacayo.*
l conde don Rubio, barba.	*D. Bermudo, caballero.*	*Soldados. Música.*

JORNADA PRIMERA.

len Bernardo del Carpio y Monzon.

onz. HOy que la Aldea has dexado,
donde intratable has vivido,
y á la corte te has venido:
hoy que en palacio has entrado,
y el rey honra con mercedes
á tu padre y mi señor,
para lucirte mejor,
ceñirte la espada puedes:
que aunqne te ví muchos dias
en la montaña en que estabas,
que las fieras sujetabas,
y sin armas las vencías,
no perdonando ambicioso,
terror de aquella maleza,
del ciervo la ligereza,
la ferocidad del Oso
en tu edad, y aquí está mal
sin espada un caballero.
rn. Sin que mi padre primero
lo permita, no haré tal:
hoy le pediré licencia,
y con su gusto lo haré.
puesto que es mi padre, y que
se le debe esta obedienca.
Monz. Há, cuerpo de Dios con tanta
humildad! espada pido,
si ya no es, que has venido
por menino de la infanta:
en tu espíritu gallardo
extraño la cortesía.
Bern. Ya conocerá algun dia
el mundo quien es Bernardo.
Monz. Tu padre viene contento,
y del rey favorecido;
la sopa te se ha caido
en la miel para tu intento.
Llégale á hablar satisfecho
de tu amor y tu razon.
Bern. Jamas le pedí, Monzon,
cosa que por mí haya hecho.
Monz. Yo lo creo, pues en duda
siempre lo bueno condena,
y para hacer cosa buena,
aun el nombre no le ayuda.
Perdona, si claro ó turbio,



mi lenguage no te quadre.
Bern. Mal nombre tiene mi padre?
Monz. No se llama el conde Rubio?
mi capricho no te asombre,
porque en qualquiera ocasion
de perlas viene el chiton,
por no decir tan mal nombre.
O que mal nombre! mal año:
y tú has de llamarte así?
Bern. Si ya su hijo nací,
he de tomar nombre extraño?
Monz. Bueno es, que tras un diluvio
de hazañas que de tí espero,
muy vulgar y muy casero,
te llames Bernardo Rubio:
no viene bien. *Bern.* A tu humor
tan buena locura igualo.
Monz. Ello bien puede ser malo,
mas no puede ser peor.

Sale el conde don Rubio.

Rub. Qué estais tratando los dos?
Monz. Miren qué falso que viene! *ap.*
Rub. Este bastardo me tiene *ap.*
enfadado, vive Dios.
La soberbia, y el desden
nacieron con él (qué enfadado!)
pues con haberle criado,
no puedo quererle bien:
que como en ofensa mia
nació (digo, de mi amor)
aunque con tanto valor
la infanta de mí se fia,
de suerte en mi pecho lidia
aquel antiguo pesar,
que aun no he podido olvidar
ni los zelos ni la envidia.
Quise á la infanta, y atento
á su amor lloré desvelos;
no me oyó, y de aquellos zelos
aun dura este sentimiento.
Este piensa que es mi hijo,
y pudiera conocer
que lo es, solo con ver,
que no en su presencia me aflijo:
porque el amor paternal
jamas se pudo encubrir:
mas cómo ha de discurrir
bien el que nació tan mal?
Bern. Señor, ya sé que ofendido
te muestras siempre de mí,
mas ya en tu casa nací
sin culpa de haber nacido:
bien que culpa llegue á ser
nacer con desdicha igual,
porque es culpa original
en los hombres el nacer.
Lo que á suplicarte vengo
es, que supuesto, señor,
que no me falta valor,
y años suficientes tengo,
permitas y des licencia
(si mi aliento no te enfada)
para ceñirme la espada,
que en esta humilde obediencia
á mi sangre satisfago,
y debes reconocella,
pues pudiera yo sin ella
ceñírmela, y no lo hago.
Rub. Espada? pues aun no puedo
sin ella y con la razon
templar vuestra presuncion,
y sin vergüenza y sin miedo
buscais ocasion mayor?
Bien parece (estoy sin mí!)
que sois:::- mas quédome aquí.
Bern. No soy tu hijo, señor?
Rub. Qué gentil rapacería! *ap.*
pues sabed:::-*Bern.* Fortuna escasa! *ap.*
Rub. Que no ha de haber en mi casa
mas espada que la mia.
Monz. Tome eso, mire si obra *ap.*
la purga, mire si brama
contra el hijo: él no se llama
don Rubio? pues basta y sobra.
Bern. Tan malo es tener, señor,
á tu lado un hijo honrado,
que puesta la espada al lado,
mire por ella y tu honor?
Tan fuera va de camino
ceñirme la espada yo?
Qué padre no se alegró,
por natural y divino
derecho, comun y usado,
de ver su imágen, y ver
restituido su ser
en el hijo que ha engendrado?
Quién no quiere ver copiada
su persona toda entera,

desde la calza á la cuera
desde el puñal á la espada?
Solo tú, cuya pasion,
llevándote á ser ingrato,
gustas de ver tu retrato
con aquesa imperfeccion.
Y dudo, quando contrasto
el rigor con que me aflijo,
si soy ó no soy tu hijo,
si eres mi padre ó padrastro.
Quien los exercicios trueca,
de su mismo ser se enfada:
yo nací para la espada,
como otros para la rueca:
y vive Dios::- *Rub.* Imprudente,
basta ya, que ver no quiero
en vuestra mano el acero,
que se acobarde ó se afrente.
Bern. Acobardarse en mi mano,
el acero? *Rub.* Sí, rapaz,
que ni valiente ni audaz
puede ser el que es villano.
Bern. Luego yo villano soy?
Rub. Mucho aquí me descubrí. *ap.*
Yo puedo hablaros así.
Bern. Claro está, y por eso doy
á mi espíritu gallardo
reportacion tan felice,
que á ser otro quien lo dice,
se acordara de Bernardo.
Mas volviendo á nacer la cuenta
conmigo, hallo á consolarme,
que no puedes tú afrentarme,
sin tener parte en la afrenta:
porque á ser de otra manera,
antes que lo pronunciara,
la lengua se la sacara,
vive Dios, á cuyo fuera.
Rub. Esta arrogancia insolente
pretendo yo castigar.
Monz. Mal, señor, sabes llevar
una inclinacion valiente:
el rio mas caudaloso,
con la maña puede ser
vadeable, y que el que ayer
fué soberbio, hoy sea piadoso.
Las prohibiciones fueron
causa de ímpetu mayor:
dexadle correr, señor,
por donde todos corrieron.
Vadéale con descanso,
que es rio, y ha de parar
como todos en el mar,
no le oprimas y irá manso.
Rub. Su desvergüenza, su mengua
de tí la pudo aprender;
pero yo sabré poner
una mordaza en la lengua
á entrambos. *Bern.* Mira, señor::-
Rub. Qué castigo hay que no os quadre?
Bern. No es posible sea mi padre *ap.*
quien me habla con tal rigor.
Monz. Ni quien don Rubio se llama
puede, por Cristo sagrado,
ser padre de un hombre honrado:
llámase Rubia una dama,
y no sin causa me quejo,
pues nadie puede dudar,
que es mina de rejalgar
un don Rubio ó don Bermejo.
Rub. Me respondeis?
Monz. Quién responde?
Rub. Villano ::- *Bern.* Tu echura fuí.
Rub. Idos entrambos de aquí.
Bern. Ya me voy.
Sale el rey don Alfonso y acompañamiento.
Rey. Qué es esto, conde?
con quien el disgusto ha sido?
Rub. Señor ::- ahora me vengo. *ap.*
Bern. Yo, señor, soy quien le tengo
indignado y ofendido:
mi padre tiene razon
de estar conmigo enojado,
y á tus pies::- *Rey.* Pues yo he llegado,
y enojos de padre son,
no haya mas, por vida mia.
Rub. Si vuestra alteza supiera
quién es ese, no le hiciera
tanta merced. *Rey.* Conde, el dia
que en la corte estais, colijo
de las horas que os prevengo,
que para mí mas no tengo
que saber, que es vuestro hijo.
Bern. Es culpa calificada,
indigna de mi obediencia,
llegar á pedir licencia,
para ceñirme la espada,
quando en mi valor segura,

en mi edad y en mi nobleza,
la misma naturaleza
esta falta me mormura?
si esta es gran culpa, señor,
que la castigueis espero.

Rey. Conde, el noble caballero,
el que nació con valor,
el que con sangre excelente
los ojos al mundo abrió,
la espada con él nació,
desde la cuna es valiente:
luego aquel valor empieza,
que sus pasados le dieron,
porque de un parto nacieron
las armas y la nobleza.
La espada es bruñido espejo
del honor, cándido armiño;
nunca el niño noble es niño,
nunca el viejo noble es viejo.
Si esto solo ocasionó,
conde, vuestro enojo, hoy quiero,
armándole caballero,
ceñirle la espada yo.

Bern. Dexa, señor, que Bernardo
la tierra que pisas bese.

Rub. Callar tengo, aunque me pese. *ap.*

Rey. Un caballero gallardo
sin espada no ha de estar.

Monz. Goceis del Fenix la vida.

Saca en una fuente espada y espuelas.

Aquí, señor, prevenida
la tenia. *Rey.* Esto es honrar
á quien lo merece tanto.
Llegad, Bernardo, que espero
que en vuestro brazo el acero
ha de ser del moro espanto.

Cíñele el Rey la espada.

Bern. De vuestra mano, quién duda,
y de vuestro nombre honrada,
que si es temida embaynada,
que sea invencible desnuda?

Rey. Hágaos muy dichoso Dios:
conde, esto ha de ser así,
yo la espada le ceñí,
calzadle la espuela vos.

Rub. Esto mas! viven los cielos::- *ap.*

Bern. No disimula el pasar: *ap.*
que tenga de verme honrar
quien me engendró envidia y zelos!
no lo entiendo. *Monz.* Aunq mas ladre,
ya la espada el rey se dió.

Bern. Parece que debo yo *ap.*
mas sangre al rey que á mi padre.

Rub. Qué pesar! á vuestra alteza
obedezco y sirvo así.

Cálzale la espuela.

Rey. Es debida, conde, en mí
tal honra á vuestra nobleza.

Ber. Desde hoy, señor, desde hoy os sacrifico
en el altar de la obediencia mia,
siempre rico de amor, y siempre rico
del favor y mercedes de este dia:
hoy he vuelto á nacer, hoy comunico
al alma nuevo ser, nueva alegría,
pues dando á mi nobleza mas nobleza,
por tí renace y á vivir empieza.
La espada, que hoy me ciñes con tu mano,
será horror, asombro, y maravilla
del alarbe andaluz, del africano,
que en sangre tiñe bárbara cuchilla:
las margenes verás del occeano
reducidas al centro de castilla,
sin que para cumplirlo sean estorbos
selvas de lanzas ni de alfanges corbos.
Ya me verás en las sangrientas lides
apellidar tu nombre valeroso,
desde el mar gaditano, en quien alcides
de un monte y otro se labró coloso
hasta el pirinéo excelso, en quien divides,
del franco Imperio, el español famosos,
que yo solo he de ser, pues solo basto,
quien aclame la voz de Alfonso el casto.
Este rayo de acero, este gallardo
cometa de dos filos, este trueno
ha de ser en el brazo de Bernardo
azote universal del agareno:
ya en desnudar y esgrimirla tardo;
sienta el turbante de plumages lleno
el ruidoso golpe, que amenaza
al que los antes de la adarga embraza.
Ya el belicoso estruendo me provoca
á buscar sus marlotas y almayzares,
y ocioso el freno en la espumosa boca,
á batir del caballo los hijares,
daré al bridon esta animada roca,
desbaratando esquadras á millares,
hasta poner al pie de tu fortuna
cautiva y presa la menguante luna.

Rey. Creo de vuestro valor,
Bernardo lo que ofreceis.
Bern. Como vos, señor, me honreis,
quanto he dicho haré mejor.
Monz. Aunque el conde se desplace
de esta bizarra braveza,
crea, señor, vuestra alteza,
que es hombre que dice y hace.
Y yo no me quedo atras,
porque, aunque humilde he nacido,
me crié con él, y he sido
de sus cimbrones el zas,
de sus prestezas el juego,
de sus golpes el amago,
el ruido de su estrago,
y la chispa de su fuego. *Tocan caxas.*
Rey. Créolo: mas qué rumor
oigo? *Rub.* Novedad extraña!
Dentro. Viva el conde de Saldaña
victorioso y vencedor.
Rub. Sin duda el conde ha llegado
con victoria. *Rey.* Gran jornada!
ya de su valiente espada
me reconozco obligado.
Rub. Con el aplauso que ves,
traen al conde tus vasallos,
Tocan caxas, y sale el conde de Saldaña de soldado muy galan y acompañamiento
Conde. Muertos dexo dos caballos
hasta llegar á tus pies. *De rodillas.*
Rey. Conde, á mis brazos llegad,
que aunque la victoria infiero,
saberla de vos espero
con mayor gusto. *Conde.* Escuchad,
que obedeceros, señor,
es iman de mi alvedrio,
supuesto que el valor mio
nace de vuestro valor.
Yace, generoso Alfonso,
entre dos sierras un valle,
un pensil entre dos montes,
entre dos muros un parque,
una perla entre dos conchas:
así me explico mas fácil,
pues con almenas de nieve,
siendo perla inestimable,
le guardan y le conciben
sus brutescos homenages.
En este pues sitio alegre,
que para victorias tales
palestra y cerco dichoso
previno la comun madre,
hallé á Zeylan, que venia
tan soberbio y arrogante,
tan dueño de su fortuna,
que para que conquistase,
le pareció corta empresa
el blason de tu estandarte.
Traía el valiente moro
seis mil flecheros infantes,
que al disparar todos juntos,
tal vez por lisonjearle,
pabellon al sol hacian
con las saetas volantes
aquel espacio pequeño
que avecindaban los ayres.
Engrosaban su esquadron
de Toledo seis alcaydes,
á cuyo cargo venian
tres mil ginetes alarbes,
cuya variedad de plumas,
repartida en los turbantes,
de africanos abestruces
formaba vistoso enjambre.
Las adargas tunecíes,
las marlotas y almayzares,
de búfano doble aquellas,
y estas de seda y estambre,
en las andaluces yeguas,
que con relinchos y escarces
al clarin le respondian
confundidos los metales,
traducian la campaña
mucho abril á mayor parque,
en cada nervioso brazo,
ya acometa ya amenace,
blandiendo el valiente fresno
juntaba por ambas partes
los dos opuestos extremos
de acicalados remátes.
Toda esta pompa en efecto,
todo este vistoso alarde,
de galas lucha apacible,
de armas bélico certamen,
que ni africa menos forja,
ni menos texe levante,
á las garras y al bramido
de tus leones audaces,

se vió poderoso un lunes,
y desvanecido un martes.
Este pues dichoso dia
(aunque cobardes le infamen
supersticiosos agüeros
de cobardías vulgares)
sobre un alazan tostado,
arábigo en nombre y sangre
castellano en la lealtad,
andalúz en lo arrogante,
con humos aragoneses,
con alientos catalanes,
tan español en efecto,
que del betis los cristales,
para exâminarle hijo,
le reconocieron sacre.
De crin , cernejas y cola,
al moverse y al hollarse,
eran las cerdas gualdrapas,
y al correr alas que esparce.
No vió en su carrera el sol,
sacando fuego en el ganges,
oro peynando en las nubes,
nieve alegrando en los alpes,
grana bordando en las selvas,
y espuma tascando en mares,
alado bruto , que pueda
competirle ni igualarle.
La rienda ajusté , y apenas
á los batidos hijares
llamó la dorada espuela,
quando respondió con sangre,
para convertirse en fuego,
porque era el suyo tan grande,
que relinchando centellas
las piedras que pisa y parte,
para mejorar de esfera,
se vieron llamas voraces.
Puse en órden mis soldados,
discurro por todas partes,
formando los esquadrones
en bien repartidos haces;
y al son de bastardas trompas,
como destemplados parches,
se trabó la escaramuza
entre los sangrientos .bates.
Duró el teson invencible
hasta las tres de la tarde,
sin que de tanta fortuna
el rostro se declarase.
Y viendo que porfiaban
los sucesos tan neutrales,
la dicha tan contingente,
la victoria tan durable,
envidé el resto en la vida
de mis sudores y afanes.
Busqué al general , y halléle
esgrimiendo el corbo alfange,
que á costa de tantas vidas
gozaba purpúreo esmalte.
No así á la tímida presa
el aguila caudal bate
las alas , mostrando á un tiempo
garra y pico de diamante,
como yo parto á embestirle,
y él á recibirme parte.
Chocaron pecho con pecho
los caballos , que leales
titubearon sufriendo
el encuentro formidable.
Tan en sí se hallaba el moro,
que despues de recobrarse
tiró un revés y cortó
del freno los alacranes,
dexandome sin las riendas,
como sin timon la nave.
Mas logrando mejor tiempo
en lo preciso del lance,
falseé con una punta
en su pecho malla y ante,
abriendo para la muerte
fuentes de roxos granates.
Cayó del caballo el moro,
donde con ansias mortales,
en monumento de arena
sirvieron á su cadáver
de tumba la blanca adarga,
de pira el roxo turbante.
Apellidé la victoria:
viva (dixe) viva en jaspe
el nombre de Alfonso el casto,
viva en bronces inmortales.
El sarraceno esquadron,
como es fuerza que desmaye
todo cuerpo sin cabeza,
viéndose sin ella , abate
las medias lunas , que ya
eclipsadas y menguantes

á la luz de tanto sol,
lloraron golpes fatales.
Vergonzosamente huyeron,
y yo siguiendo el alcance,
al triunfo de esta victoria,
concedí el último vale.
Gané cincuenta banderas,
los cautivos y el vagage,
negándome á la codicia,
repartí á mis capitanes.
Enriquecí mis soldados,
porque civiles achaques
no desluciesen mi gloria,
que es el soborno mas facil
de quien arriesga su vida,
con lo que ganó pagarle.
Esta victoria te ofrezco,
por mí este laurel te añades,
en tanto que con tus huestes
en bucéfalos navales,
recobrando nuevos mundos,
el marmol sagrado saques
del cautiverio, que llora
tanto religioso Acátes,
que de tu valor lo espero,
porque la victoria cantes,
porque tiemble de tí el mundo,
porque tus pendones reales
se ensalcen con mi valor,
para que el mundo te aclame,
y porque victoria, y vida
á tu grandeza consagre.

Rey. Conde, otra vez y otras muchas
llegad á mis brazos. *Abrazale.*

Cond. Rasgue
del libro de mi ventura
esta hoja, quien la hallare
doblada, porque algun dia
la fortuna no se canse.

Monz. Oyele, por Jesu Cristo,
que está bien dicho el romance;
pero si yo le dixera,
no habia de poder quietarse
la turba de mosqueteros
en hora y media cabales.

Bern. Aparta: qué bien responde! *ap.*
vive Dios, que me ha llevado
toda el alma, por soldado
y por valeroso el conde.

Rub. Apenas lugar me da
la envidia que he recibido
para darle el bien venido:
qué ufano y soberbio está!

Bern. Qué dignamente le dan *ap.*
aclamacion communmente!
qué bizarro! qué valiente!
qué gentil hombre y galan!
Parece que él mismo ha sido
su artífice milagroso,
lo robusto con lo ayroso,
lo fuerte con lo lucido.
Tan igual es, tan al justo
miro en él, que no han faltado
lo galan por delicado,
ni por feroz lo robusto.

Rey. Conde, ya con vos no puedo
tener siniestra fortuna,
vos sois la vasa y coluna
de mi corona. *Cond.* En Toledo
tu silla pienso poner.

Rey. Si vos desnudais la espada,
con sangre alarbe manchada,
no dudo que venga á ser.

Cond. Ay Ximena! con qué enojos *ap.*
vivo en quanto verte tardo!

Monz. Apenas mi amo Bernardo *ap.*
quita del conde los ojos.

Cond. El conde don Rubio aquí? *ap.*
cómo la Aldéa ha dexado?
cómo á hablarme no ha llegado?
mala señal (ay de mí!)
¿Si mi Bernardo (á quien tiene
en su poder) si mi hijo
es muerto? mas qué me aflijo?
nunca el mal tan sordo viene.

Rey. Porque veais lo que os quiero,
y mi amor conozcais hoy,
el mayor oficio os doy
de mi mayor camarero:
juradle y servidle, conde.

Cond. Vuestra alteza así procura
dar lustre á su misma hechura,
y á su grandeza responde.

Rub. Ya crece mi envidia fiera. *ap.*

Bern. Vive el cielo, que me he holgado
que el oficio le haya dado,
mas que si á mi me le diera.

Monz. Para lo que él ha servido,

no monta esto quatro blancas.
Rey. La tenencia de Simancas
está vaca, y no he querido
proveerla, porque vos
lo hagais: dadla á algun amigo.
Cond. Bien, señor, mostrais conmigo,
que sois imágen de Dios;
pues con valor singular,
de vuestra grandeza usando,
no solo dais, pero dando
tambien enseñais á dar.
Darle al conde esta Alcaydía. *ap.*
Rub. Si el rey su agravio supiera, *ap.*
menos mercedes le hiciera;
pero sabrálo algun dia.
Voyme, por no estar mirando
envidioso y desabrido,
la mano del ofendido
al mismo ofensor honrando. *vase.*
Rey. Recurriendo estoy qué daros,
conde y para que ganeis
amigos, y siempre deis
nueva ocasion de alabaros,
permito que podais dar
de mi camara dos llaves.
Cond. Mercedes, señor, tan graves,
quién las mereció gozar?
quién son estos caballeros?
que quiero en vuestra presencia,
puesto que me dais licencia,
honrarlos y obedeceros.
Rey. El que á vuestro lado está
es mi ahijado, y heredero
del conde Rubio. *Cond.* Hoy espero
dar honra á quien me la da.
Rey. Yo le he ceñido la espada,
y caballero le armé.
Cond. Y yo, señor, le daré
por vos la llave dorada:
favor, que se debe al conde,
despues de ser muy mi amigo:
y este caballero, digo,
que al oficio corresponde,
que el gentil hombre ha de ser,
despues de tener nobleza,
galan por naturaleza:-
Bern. Que aquesto he llegado á ver!
Cond. Y lo es, á fe de quien soy.
Bern. Vuecelencia sabe honrar
á sus criados. *Cond.* Jurad
de gentil hombre desde hoy,
aunque lo contrario siento,
que quien desde que nació
de gentil hombre juró,
no ha menester juramento.
Monx. Este sí es conde, y responde
á su ilustre nacimiento:
va á decir ciento por ciento
del un conde al otro conde.
Rey. Tratad pues de descansar,
y vedme luego. *Cond.* Señor,
en mí el descanso mayor
es serviros. *Bern.* Si excusar
el juramento no puedo,
y es preciso en mi nobleza,
perdóneme vuestra alteza,
que con el conde me quedo.
Rey. Quedaos, Bernardo, y contento,
porque á mi amor corresponde
hacer en manos del conde
el solemne juramento. *vase.*
Cond. El rapaz es extremado: *ap.*
de esta edad, sí, me parece
que será Bernardo: hoy crece
con el amor mi cuidado.
Desde aquel dichoso dia
que al conde se le entregué,
no le he visto mas, ni sé
mas de que el conde le cria.
Siéntase el conde en la silla de dosél para jurar á Bernardo, y este se arrodilla.
Bern. En mano de vuecelencia
hago pleyto y juramento
de servir leal y atento
con todo amor y asistencia.
Cond. Basta. *Bern.* Ya la mano espero,
y que con ella me honreis.
Cond. Mucho, señor, me debeis
desde que os ví, mucho os quiero:
pero hacer esto me toca,
que es vuestro padre mi amigo:
alzad. *Bern.* No he de alzarme, digo,
hasta que estampe la boca,
en vuestra valiente mano, *bésasela.*
honra de esta monarquía.
Cond. Decidme, por vida mia,
teneis acaso otro hermano? *levántanse.*
Bern. No señor. *Cond.* Vos sois gallardo:

solo sois? *Bern.* Y aun, segun pasa,
pienso que sobro en mi casa.
Cond. Y cómo os llamais?
Bern. Bernardo.
Cond. Bernardo? y qué no teneis
otro hermano? *Bern.* No señor.
Cond. Y algun page ó labrador
en la aldea conoceis
de vuestro nombre? *Bern.* Tampoco.
Cond. Este mi hijo ha de ser, *ap.*
y temo (ay Dios!) que el placer
me mate ó me vuelva loco.
Monz. Este es, señor, Bernardito
el arrojado y travieso.
Cond. Lo peor que tiene es eso.
Monz. El que desde tamañito,
por alentado y brioso,
con un esquadron de perros
andaba por esos cerros
tras el javalí y el oso.
En aquesto se ocupaba,
y quando despues volvía,
la caza de todo el dia
á las zagalas la daba;
sin dexar para su mesa
sola una pluma, señor.
Cond. Eso es de buen cazador.
Monz. Y cómo! de garra y presa,
que en la aldea no ha dexado
moza de buen parecer.
Cond. Qué? *Bern.* Señor::-
Cond. Debe de ser
herencia lo enamorado.
Ber. No quieres callar? *Mon.* Ya callo.
Cond. Sus partes son excelentes: *ap.*
ó corazon! nunca mientes:
no me canso de mirallo.
Por qué decís que sobrais
siendo solo en vuestra casa?
Bern. Señor, lo que en ella pasa,
sin provecho averiguais.
Mi padre, cuyo desden
juzgo aversion natural,
debe de quererme mal,
pues que no me trata bien.
Cond. Mal os trata? otro testigo *ap.*
en este mal tratamiento,
declara con juramento,
que es verdad lo que yo digo.
No tiene razon el conde.
Monz. Señor, él es un Nerón;
y porque en su inclinacion
á su sangre corresponde,
valiente, honrado y cortés,
hoy con término inhumano,
le dixo que era villano.
Cond. Villano? *Monz.* Villano pues,
y muchas veces villano.
Cond. Viven los cielos, que miente. *ap.*
Y qué hicisteis? *Bern.* Obediente
le besé entonces la mano,
reverenciando el castigo.
Cond. Eso es lo que hacer debeis,
y mientras que así lo haceis,
sereis mi hijo y mi amigo.
Ber. Pluguiera á Dios, q̃ aunque quadre
mal esta razon primera,
si padre elegir pudiera,
os eligiera por padre.
Cond. Qué decís? aunque me aflijo, *ap.*
el corazon me ha pasado.
Eso dice un hombre honrado?
(vive Dios que sois mi hijo.) *ap.*
Un noble así corresponde?
Bern. Señor::- *Cond.* Vos teneis nobleza.
Bern. Es tan grande su aspereza::-
Cond. Estimad, Bernardo, al conde,
pues como padre os crió,
que esa es la mayor hazaña.
Bern. Señor conde de Saldaña
vuestra hechura seré yo.
Cond. Que no digo eso; sí digo::-
mas quiero disimular. *ap.*
Al conde habeis de estimar,
ó no habeis de ser mi amigo:
y con esto á Dios, Bernardo,
idos con Dios.
Bern. Vuestro soy. *vase con Monzon.*
Cond. Si es mi hijo: por quien soy,
que es alentado y gallardo.
Sale el Rey.
Rey. Conde? huélgome de hallaros
aquí. *Cond.* Siempre vuestra alteza
me hallará tan puntual.
Rey. Vuestro valor y prudencia
habeis de mostrar ahora:
ya sabeis (y es cosa cierta)
que no tengo sucesion,

ni esperanzas de tenerla.
Cond. Bien sé, que os llaman, señor,
Alfonso el casto, por esta
profesion. *Rey.* Estadme atento.
Mi hermana doña Ximena
es infanta de leon,
y siéndolo es mi heredera.
Cond. Y dueño del alma mia. *ap.*
Rey. Pues ella imprudente y necia,
el casamiento rehusa,
que tanto estimar debiera,
del conde de Barcelona:
siendo así, que por la mesma
razon que yo lo deseo,
le aborrece y le desprecia.
Vos habeis de persuadirla
con razones tan atentas,
tan graves, tan eficaces,
tan lucidas y tan vuestras,
que venga en ello, que á vos
solo fiaros pudiera,
conde, accion tan singular,
y tan dificil empresa.
Ella ha de salir aquí;
primero que se prevenga,
habladla, conde, y mirad,
que las mas heroycas prendas
de vuestros servicios grandes,
todos se incluyen en esta.
Cond. Señor::- *Rey.* No me repliqueis,
ella sale, y la obediencia
de hombre como vos, no admite
ni réplicas ni respuestas. *vase.*
Sale la infanta doña Ximena.
Infan. Conde, que pesar es ese?
Cond. Bien pregunta vuestra alteza,
que como ya por costumbre
se van, sin dudar en ella,
á mi casa las desdichas,
en lugar de norabuenas,
se me pregunta eso á mí,
y quien lo pregunta acierta.
Ya no me cogen de susto:
tan hallado estoy con ellas,
que pienso ir á buscarlas
quando en venir se detengan.
Infan. Pues ahora que mi hermano
(Dios le guarde) á hacer empieza
tantas mercedes en vos,
y á daros la norabuena
salgo yo, dais al semblante
sobrescrito de tristeza,
sabiendo que es para mí
quanta en vuestros ojos sea?
Cond. Estamos solos? *Inf.* Sí, conde,
hablad. *Cond.* Mi bien, mi Ximena,
yo fuí por mi mal dichoso:
ó que costosa experiencia
he hecho, de que las dichas
si son grandes no son ciertas!
quando al sugeto se ajustan,
se gozan y se celebran;
pero quando son mayores,
ó se ahogan ó se quiebran
como higas de azabache,
á quien la envidia atormenta.
El acordado instrumento,
dulce y regalado suena
con las cuerdas que en él caben;
pero no si sobre aquellas
otras le ponen, que entonces
suena mal y no concuerda.
Todo esto, señora, he dicho
para explicar si pudiera
la pena de ser dichoso,
quien no ser dichoso espera.
El rey me manda, que os hable:
(ya lo dixe) el rey me ordena,
(qué dolor!) que os persuada
(qué tormento!) que os advierta::-
pero para qué me canso?
casaros quiere su alteza
con el conde. *Inf.* Ya lo sé,
ya lo sé: qué cosa nueva
venis á decirme, conde?
El de Barcelona intenta
casar conmigo (qué engaño!)
mi hermano, que lo desea,
(qué locura!) os ha mandado
que me hableis (gran diligencia!)
para asentar esta baza,
el conde pone en la mesa
un rey (gran carta!) y amor
en vuestra mano reserva
un triunfo, que aunque es pequeño,
á ganarle se atraviesa.
Viene á morir á mi mano,
alargo yo, con que queda

tan desbaratado el juego
de su parte, y de la vuestra
tan seguro, que podeis,
dexándole por mi cuenta,
dar varato á los mirones
y al alma que lo desea.
Cond. Ay dueño del alma! y cómo
el temor justo rezela,
que han de decir, que he ganado
con cartas falsas cosechas!
Baraja, que son de amor
fullerías, aunque inciertas,
porque quando mejor pinta,
el poder las atropella.
Infant. No podrán, conde, en mi mano.
Cond. Qué importa, si en mi cabeza,
podrán? *Infant.* Pues, conde, advertid,
que el que en su primera esfera
al carro del sol se atreve,
y sobre doradas ruedas
gira globos de cristal,
golfos navega de estrellas,
campañas de luz fluctúa,
y rumbo de astros penetra:
aunque despues de dichoso
rayos fulminados sienta,
duros precipicios llore,
y muertes pálidas vea;
la gloria de haber llegado
al laurel que le despeña,
mayor vida le asegura,
mayor fama le reserva.
Morir por mí, no es desdicha;
padecer por mí, no es pena;
morid, conde, pues que yo
por vos muero y no me pesa.
Cond. Sola esa muerte es mi muerte.
Infant. Solo ese temor me aqueja.
Cond. Yo sé despreciar mi vida.
Infant. Yo sé morir por la vuestra.
Cond. Pues viva mi amor constante.
Infant. Y mi fe inmortal y eterna:
á Dios, conde.
Cond. A Dios, infanta.
Infant. Qué ventura! *Cond.* Qué terneza.
Infant. Qué te vás? *Cond.* Señora, sí.
Infant. Volverás á verme? *Cond.* Es fuer-
Infant. O quién se viera tu esposa. (za.
Cond. O quién tu esposo se viera!

(✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦✦)

JORNADA SEGUNDA.

Salen el conde de Saldaña, el conde don Rubio, Bernardo y Monzon.

Rub. Hoy, señor conde, quiero,
en ley de caballero,
restituir la prenda, que ha causado
en vos mas gusto, en mí mayor cuidado.
Cond. No es tiempo, conde, no, por vida mia:
primero habeis de ver mi cortesia,
que aunque ayer en palacio
no me disteis lugar, quiero de espacio,
conde, que conozcais, que no me olvido
del título y blason de agradecido.
Su alteza (Dios le guarde)
haciendo ayer de su grandeza alarde,
me hizo merced quién hay que no presu-
seria de mis méritos la suma? (ma
pero quantos lo vieron son testigos,
que repartí el favor con mis amigos;
y para vos, que sin hablarme os fuisteis
(bien sabeis q̃ en aqueso me ofendisteis)
con noble pecho, y con las manos francas,
reservé la tenencia de Simancas.
Despues, por hijo vuestro (Dios lo sabe)
le dí á Bernardo la dorada llave,
porque quedasen (esto es lo que pasa)
ambos oficios, conde, en vuestra casa;
y así de entrambos siento,
que me debeis igual conocimiento:
sí bien, quando mi amor y amistad toco,
aun mucho mas se me parece poco.
Bern. Hay tal valor!
Monz. Qué decís? qué respondes?
vive Dios, que es el conde de los condes,
el proto-conde, el archi-conde digo,
y aun el tataraconde de su amigo:
mas llámase don Sancho,
nombre q̃ á todo el mundo le viene ancho
y aun si otro mundo hubiera,
en un don Sancho pienso que cupiera.
Rub. Conde, yo la merced os agradezco;
mas quando por mí mismo la merezco,
no me está bien (ya, conde, se conoce)
que por agenos méritos la goce:
nunca por mano agena
hay merced ni tenencia que sea buena

dadla á otro amigo, que yo tengo indicios,
q́ el rey me hará merced por mis servicios.
Y en quãto á la merced de gentil-hombre,
que os diga, no os asombre,
puesto que la merezca,
que Bernardo está aquí, q́ os la agradezca;
que yo no me condeno
á agradecer el beneficio ageno.
Bern. Señor:: - (hay mas notable desvarío!
ageno llama el beneficio mio.) *ap.*
Monz. Amistad bien pagada! tú has nacido
de un padre por extremo agradecido:
qué mas decir pudiera,
si algun pesar el conde le trajera?
Cond. Jamas, conde, pensara
de vos, que volvierais á la cara
con tanta ingratitud, con tanto enfado
las mercedes que os traigo y he aplicado;
mas si poco os parece
(claro está, vuestra casa mas merece)
para vos reservé, para vos guardo,
como la de Bernardo,
plaza de gentil-hombre (digno oficio
de un señor como vos) con exercicio
en palacio, sirviendo juntamente
lo de Simancas por algun teniente.
Vuestra condicion templad estraña,
que es buen amigo un conde de Saldaña,
y serviros espero.
Rub. Ni eso ni esotro ni ninguno quiero,
ni me admireis esquivo,
que la merced que es de él no la recibo;
ya quando llega á mí, tan otra viene,
que mas de enfado que de gusto tiene.
Bern. Es posible, señor, que quando el conde
tan noble y tan leal te corresponde,
con ingratas porfias
desprecias sus mercedes y las mias?
Esa es correspondencia
digna de la amistad de su excelencia?
De ingrato te condenas:
vive Dios, que la sangre que en mis venas
conservo tuya, ahora me sacara
y por no la tener la derramara,
si de ella presumiera,
que hacerme ingrato alguna vez pudiera.
Pero no lo seré, porque te advierto
con rostro descubierto,
que si á ser su enemigo te apercibes,
y la merced por eso no recibes,
de la razon llevado,
me has de hallar de su parte y á su lado
hasta perder la vida,
que por él la daré por bien perdida:
quadrete ó no te quadre,
que es la razon primero que mi padre.
Cond. Bernardo, qué es aquesto?
vos así descompuesto?
Monz. No has andado,
vive Dios, en tu vida mas honrado.
Rub. Yo no me espanto de que así me trates,
que en esos que parecen disparates,
de derramar tu sangre sin rodeo,
la diferencia de tu sangre veo;
y así, en nada me aflijo.
que ni tu padre soy, ni tú eres mi hijo. *vas.*
Con. Cõde amigo, esperad: yo estoy perdido.
Bern. Déxele vuecelencia, pues se ha ido,
que él me dirá despues, á fe de honrado,
sino es mi padre, quién el ser me ha dado;
y de que no lo sea no me pesa,
que ingratitud tan bárbara como esa,
ni puede darme calidad ni fama.
Cond. O quánto el noble natural le llama! *ap.*
pero aqueste traydor, que sabe todo
mi secreto, pretende de este modo
descomponerme y acabar mi vida.
Ay, bellísima infanta, que perdida
te lloran ya mis ojos; *Llora.*
mas que mi pena, siento tus enojos.
Bern. Vuecelencia llorando! qué es aquesto?
vos, señor, tan humano y tan modesto!
Cond. Bernardo, de un filósofo se cuenta,
q́ mirando un ingrato, en quien se afrenta
naturaleza toda, tiernamente lloraba,
por ver si su dureza se ablandaba.
Bern. Vive el cielo, señor, que de ese llanto
me he enfurecido tanto,
que al que así le provoca,
con las manos sangrientas, con la boca
despedazar quisiera.
Cond. Su misma sangre su valor altera. *ap.*
Este llanto, estas lágrimas piadosas,
son en mi amor forzosas,
viendo que el cielo ha dado
un hijo noble á un padre desgraciado;
á un suceso dichoso
la malicia cruel de un ambicioso;

á un debido recato
la verdad mal segura de un ingrato;
y al fin, á un delinquente
un mal vecino, que le juzga ausente:
deciros mas no puedo,
q̃ hay mucho q̃ decir, y es mucho el miedo
Vase el conde, y detiénele Fernardo.
Bern. Vuecelencia, señor, me diga ahora
lo que sabe de mí, que quando llora
tanto hombre, tanto ser, tanta nobleza,
de amor es, vive Dios, no de flaqueza.
Cond. Qué sabeis vos lo que en mí
puede haber? *Bern.* Debo creer,
que flaqueza no ha de haber
en quien tanto valor ví.
Cond. Hombre soy y flaco he sido,
pero fué flaqueza honrada.
Bern. Eso no es decirme nada,
señor, de lo que yo os pido.
Cond. Podré callar? será tanta *ap.*
mi entereza con él? Sí,
que aquesto importa (ay de mí!)
al pundonor de la Infanta.
Quedaos, Bernardo, con Dios.
Bern. Confuso, al fin, me dexais?
Cond. Padre teneis, qué os quejais?
no es el rey mejor que vos. *vase.*
Bern. Confuso y de horror lleno
me dexa el conde: ¡qué mortal veneno
mi padre respiraba,
que igualmente causaba
con desigual espanto,
iras en mis ojos, y en los suyos llanto!
Monz. Yo, señor, lo que de uno y otro infiero
es, que el conde es honrado caballero;
de tu padre no sé lo que me diga,
porque no siempre obliga
la chanza; mas conforme á lo que arguyo,
me quemen si don Rubio es padre tuyo.
Bern. Pues padre ha de tener este Bernardo.
Monz. Eso es fuerza.
Bern. Y mi espíritu gallardo,
mis pensamientos y heroyco brio
me avisan de que es noble el padre mio.
Monz. Yo no sé lo que en esto mas te quadre:
mas por salir de un padre
que don Rubio se llama,
me diera yo á partido, y con el ama
general concertara,
que hijo de la piedra me llamara.
Bern. Ven, Monzon, q̃ del conde los enojos
me han obligado á enternecer los ojos.
Vase, y salen la Infanta y Sol dama.
Sol. Es por extremo bizarro.
Infant. Refiéreme tantas cosas
de él, que la imagina el alma,
no como prenda tan propia,
sino como ya perdida
y que de nuevo la cobra.
Sol. Pues ya en tu presencia está.
Infant. Ayudadme, Sol, ahora,
que de improviso un contento
mal se encubre y se reboza.
Salen Bernardo y Monzon.
Sol. Lo que he de decir me advierte.
Infant. Oblígale á que responda:
háblale, Sol, por tu vida.
Bern. Monzon, en tanta congoja,
qué puedo hacer? *Monz.* Divertirla
con la infanta mi señora
y con doña Sol. *Bern.* A un triste
aun el mismo sol le asombra.
Sol. Ha caballero? sois vos
Bernardo? *Bern.* Yo soy, señora,
Bernardo y criado vuestro.
Sol. Estamos muy cuidadosas
las damas de conoceros.
Bern. Pase esta vez por lisonja:
yo puedo costar cuidados?
Sol. Y muchos. *Monz.* Qué socarrona! *ap.*
Sol. Dicen que sois muy brioso.
Bern. La soledad ocasiona,
aun en muy cortos alientos,
resoluciones heroycas:
porque la caza y el monte
son una abreviada copia
de la guerra, y siempre en ella
logré felices victorias:
mas qué mucho, mas qué mucho
si las alcanzan á todas,
en fe de que á ser mayores
hoy á esas plantas las ponga?
Infant. Y ese estilo no es de amante?
Bern. Vuestra alteza no me corra,
que aunque aldeano, bien sé
la obligacion que me toca
de reverenciar su nombre.
Infant. Ay! Sol, qué mal se reboza *ap.*

una pasion tan del alma!
Bern. Pondré en sus plantas mi boca.
Infant. Galan sois. *Bern.* Ya lo seré,
si vuestra alteza me abona,
que es nueva naturaleza
en los príncipes las honras.
Infant. Y ese estilo no es de amante?
Bern. Con distincion sí, señora.
El soberano respeto
debido á vuestra persona,
á una parte, y el afecto
amoroso en Sol á otra:
aquel es amor sagrado,
que á reverenciar provoca;
y este es amor mas humano,
que abrasa, pero no asombra,
que obliga, pero no espanta.
Infant. Basta, Sol, que te enamora: cortesano es el rapaz: *ap.*
de verle el alma se goza.
Monz. Si vuestra alteza pretende
que la refiera sus cosas,
yo solo puedo, que soy
coronista de su historia.
No ha visto en sus pocos años
mas fuerte brazo la europa:
rompe en el ayre una lanza,
quando, blandiéndola, dobla
los dos opuestos extremos,
que acerados hierros gozan.
A la mas robusta encina,
que esa montaña corona,
abrazado al firme tronco,
la desbarata y deshoja.
Si le viera vuestra alteza
luchar con firmeza, borra
la noticia del tebano,
poética y fabulosa.
Danza y bayla ayrosamente,
giradas y cabriolas
como peonas las texe,
como un repollo las forma.
Es cortés y agradecido,
sus liberales y ampliosas
manos exceden, por Cristo,
al paso de macedonia.
Habla bien en las ausencias,
por la razon se apasione;
y al fin::- *Bern.* Basta, basta, necio,
que alabanzas tan ociosas
me ofenden. *Infant.* Qué sabeis vos,
si hay quien con gusto las oiga?
Bern. No seré yo tan dichoso.
Infant. Ya, por lo menos, te toca
hacerle, Sol, un favor.
Sol. Si vuestra alteza me otorga
la licencia, sí lo haré.
Bern. Llorará perlas la aurora
zelosa de ver que el sol
en mas flamante carroza,
por favorecerme indigno,
olvida la verde pompa
de las flores que la esperan
ya coronadas de aljofar.
Infant. El es galan y entendido. *ap.*
Sol. Esta vanda reconozca

Dale una vanda.

en vuestro pecho á su dueño.
Bern. Será la abrazada Zona,
donde mis sentidos ardan
al sol de vuestras memorias.
Infant. En él considero al conde, *ap.*
tan viva su imágen copia,
qui ni lo amoroso miente,
ni lo bizarro perdona.
Bern. Gran dicha, Monzon gran dicha!
Monz. El embaxador, señora::-
Bern. Ha, pese al embaxador, *ap.*
y á quien su embaxada apoya.
Monz. Con el rey hablando viene,
y con tu padre. *Bern.* Estas bodas
me cansan, y por no verlas
me voy: perdonad, señora.
Sol. Yo tambien, si vuestra alteza
gusta de quedarse sola.
Bern. Aquí un escudero aguarda.
Sol. Aquí una esclava se postra.

Vanse Sol, Bernardo y Monzon, y sale el Rey leyendo un papel, don Gastón y don Rubio.

Rub. Ya no es posible callar
en llegando á esta ocasion.
Rey. Conde, tan grande traicion
el cielo ha de castigar,
y en mí lo fuera engañar
al conde de Barcelona,
cuyo amor, cuya persona,
no merece, aunque lo intenta,

que yo le envie una afrenta,
quando espera una corona.
Gast. Supuesto que vuestra alteza
resoluciones ignora,
y la infanta mi señora
oye con tanta aspereza
mi embaxada, á su grandeza
suplico, y á vos, señor,
deis licencia::- *Rey.* Qué dolor! *ap.*
Gast. Para poderme partir.
Rey. D. Gastón::- *Gast.* Esto es cumplir
las leyes de embaxador.
Rey. Bien sabe el cielo, que siento
del conde el pesar, y fio,
que ha de ser mayor el mio,
que su justo sentimiento:
por ahora el casamiento
no es posible que asenteis
esto al conde le direis.
Inf. El gozo apenas resisto.
Gast. Siempre en vuestro pecho ha visto,
señor, que merced le haceis.
Rey. Querrá el cielo que algun dia::-
Gast. Ya, señor, es excusado,
que mi dueño me ha mandado
dexe tan justa porfia:
órden expresa me envia
para partir, hoy lo haré,
pues ya para hacerlo sé,
que me ofrece en su tristeza
licencia y mano su alteza,
y vos el invicto pie. *vase.*
Rey. Aquí importa, conde amigo,
la prudencia y el engaño: *ap.*
gran remedio á grande daño,
á gran traicion gran castigo.
Infanta, hermana, hoy consigo
la quietud que pretendí;
alegraos, no esteis así:
basta, dexad la tristeza.
Inf. Guarde Dios á vuestra alteza,
señor, mas años que á mí.
Rey. Pudierais haberme hablado,
pues que vuestro hermano soy,
y la embaxada de hoy
ya se hubiera dilatado:
conoces este firmado
y encarecido papel? *dale el papel.*
Inf. Ay Dios! muerta soy! en él,
señor, mi delito veo,
mi muerte y tu enojo leo,
há traydor conde! há cruel! *ap.*
Rey. Qué te alteras? dexa el miedo.
Inf. Temo, señor, tu rigor.
Rey. Suspende ahora el temor.
Inf. Cómo en tu presencia puedo?
Rey. Como tu hermano procedo.
Inf. Como culpada te miro.
Rey. De nada, infanta, me admiro.
Inf. Estoy muerta, estoy sin mí.
Rey. Desahogate, habla, dí.
Inf. Oye, despues de un suspiro.
Valeroso Alfonso el casto,
cuyo nombre has merecido
por la integridad que gozas,
por la pureza que envidio:
hermano, rey y señor,
si con el nombre te obligo
de hermano, con el de rey
te solicito el castigo,
con el de señor te ofendo,
con el de casto te irrito,
que quien no sabe de amor,
aborrece sus delirios.
Pero no me atiendas casto,
hermano, atencion te pido,
porque con menos venganza
llegue el perdon al delito.
Yo miré (terrible trance!)
yo escuché (cruel martirio!)
yo quise (qué desacierto!)
yo amé (qué gran desvarío!)
á un hombre: bien digo hombre,
si es cierto que entre infinitos
él solo puede ser hombre.
Quise al conde (ya lo he dicho)
quise al conde de Saldaña:
su persona ya la has visto,
su nobleza ya la sabes,
su valor ya es conocido,
su discrecion ya es notoria;
pues qué inexpugnable risco
no se unde, no se abate,
si le embisten atrevidos
persona, valor, nobleza,
discrecion, gala y cariño,
y mas, quando es el amor
de estos soldados caudillo?

Yo me rendí, no soy piedra;
yo me humillé, no soy risco;
quisele bien, soy muger:
ó quánto en esto te he dicho!
Bernardo, señor, Bernardo
es tu sobrino (bien digo)
el conde quien te soborna
con tan heroycos servicios:
yo tu hermana y él mi esposo.
Cuñado, hermana y sobrino
á tus pies piden la muerte,
y yo por todos la pido
que como la mas culpada,
busco mayores castigos. *arrodíllase.*

Rey. Ximena, á mis brazos llega,
que aunque sea justo el temor,
soy tu hermano, y sé que amor
deslumbra, confunde y ciega:
que aunque de amor no he sabido,
sus misterios no he ignorado,
que ya, Ximena, han llegado
al alma por el oído;
y sé que de sus misterios
lloraron fatales dias
abrasadas monarquías,
y aun arruinados imperios.
A perdonaros me obligo,
y al conde he de perdonar,
pues ya no puedo excusar
el daño con el castigo:
que aunque tan mal corresponde
su lealtad á su nobleza,
he menester su cabeza:
vivid vos y viva el conde.
Retiraos, y hasta que sea
vuestro esposo, como aguardo,
no os dexeis ver de Bernardo,
ni el conde. Ximena, os vea,
que me enojaré con vos,
si sé que le habeis hablado
hasta haberse desposado.

Inf. Mil años os guarde Dios. *vase.*

Rey. De buen tercero fiaba *ap.*
reducir la voluntad
de la infanta; con lealtad
la hablaría, quando hablaba
del conde de Barcelona:
que [illegible] que allí sería
[illegible] y la [illegible].
preferida su persona?

Rub. Ahora, infanta, me vengo *ap.*
de aquel tu desden prolijo,
en tí, en el conde y tu hijo.

Rey. Ira y cólera prevengo.

Rub. Qué piensas hacer? *Rey.* Si vos,
conde, ayudais mi esperanza,
Leon verá en mi venganza
el castigo de los dos.

Rub. Y no dices del bastardo?

Rey. No, conde, que el no nació
culpado, ni tengo yo
queja alguna de Bernardo:
ayúdele su fortuna;
al punto hareis despachar
un correo, que á llevar
parta al castillo de luna
este aviso y este pliego.

Rub. Luego á obedecerte voy.

Rey. Tan ciego en cólera estoy,
que aun es tarde siendo luego.

Rub. El conde viene. *Rey.* Esperad,
disimulad advertido.

Sale el conde de Saldaña.

Cond. O qué mal agüero ha sido *ap.*
de este encuentro la mitad!

Rey. Conde, dos dias cabales
sin verme? tanto rigor
no lo merece mi amor.

Cond Beso vuestros pies reales
por favor tan señalado,
que para mí el daño ha sido,
pues ese tiempo he perdido
de vivir, que os he faltado.
El conde es noble en efecto: *ap.*
yo pensé mal, y ofendí
su lealtad, pues presumí
que revelara el secreto.

Rey. Ya en efecto se partió
el catalan despachado.

Cond. Nadie á sentir ha llegado
su disgusto, como yo.

Rey. De vuestra lealtad lo creo.

Cond. Ser gusto de vuestra alteza,
pudo hacer en mi nobleza
mas afecto del deseo.

Rey. Conozco vuestra intencion,
y estoy de vos satisfecho;
y pues sabeis de mi pecho

la noble resolucion
y el deseo que he tenido,
al catalan corresponden,
aunque ya enviaba al conde,
en viendoos me he arrepentido;
porque sé quanto valeis
y que activo y cortesano,
me disculpareis hermano,
y rey me disculpareis.
Partid, conde, por mi vida,
y sea con presteza tanta
vuestra vuelta, que la infanta
no entienda vuestra partida,
porque á ella habeis de echar
toda la culpa. *Cond.* Señor
(aquesto es lo que á mi amor *ap.*
mas bien le pudiera estar)
iré, señor, y vereis
mi mayor lealtad sirviendo.
Rey. Por vida vuestra, que entiendo
eso mismo que entendeis:
dadle, conde, porque parta,
ese pliego. *dásele al conde.*
Cond. Gran fortuna!
Rey. En el castillo de Luna
dad á su Alcayde esa carta,
y pasad vuestro camino.
Cond. Seré, en lenguage español,
un rayo de vuestro sol,
que á Barcelona fue y vino. *vase.*
Rub. Quien lo entendido y prudente
busca, en tu valor lo vea.
Rey. El mismo quiero que sea
el ministro y delinqüente.
Salen Bernardo y Monzon.
Bern. Yo vengo determinado.
Monz. Qué decís? *Bern.* Esto conviene:
quien padre, Monzon, no tiene,
oficio no tenga honrado.
Rey. Pues Bernardo? *Bern.* A V. alteza
llego, señor, ofendido
de haber al mundo nacido
sin valor y sin nobleza.
El conde Rubio, á quien yo
padre he llamado hasta aquí,
enojado contra mí,
que no lo es me confesó.
Y aunque á enojo y sequedad
puedo haberlo atribuído,
en lo mal que me ha querido
reconozco qué es verdad.
De villano me ha tratado,
y ya veis que no conviene,
que aquel que padre no tiene
viva en palacio afrentado.
Que es molesto é importuno,
señor, á quantos le ven,
quien padre no tiene, quien
nació hijo de ninguno.
Vos me ceñiste la espada,
esa yo la guardaré,
porque en quanto á mí, yo sé,
que está muy bien empleada.
Mas hasta que al mundo asombre
con ella, me habeis de dar
licencia para dexar
la plaza de gentil-hombre.
O manda con soberano
imperio, pues á vos vengo,
que diga el padre que tengo,
ó sea noble ó sea villano.
El conde está aquí, él lo sabe,
él lo publica y lo dice,
si nací tan infelice,
no quiero oficio tan grave.
Que no es bien dar ocasion
á que un hidalgo entonado
me diga, que con mi lado
se afrentan los que lo son.
Porque quando en esto me halle,
aunque esteis presente vos:
lo arrojaré, vive Dios,
por un balcon á la calle.
Monz. Esto con muy linda gala,
saldrá á la calle violento,
como pelota de viento
despedida de la pala.
Rey. Qué valiente! qué discreto! *ap.*
lástima tengo y amor,
éste efecto del amor,
y aquel de la sangre efecto.
Conde, hicisteis mal, por Dios,
en tratar con aspereza
á quien para su nobleza
no os ha menester á vos.
Rub. Licencia tiene, señor,
quien como yo le ha criado,
para mostrarle enojado

severidad y rigor.
Que su condicion es tal,
que si blandura sintiera,
en desbocada carrera
se precipitara al mal.
Rey. No sois villano, Bernardo,
que aunque al conde no debeis
el ser, nobleza teneis
de espíritu tan gallardo.
Quando os armé caballero,
y el de Saldaña os juró,
ni él os conoció, ni yo
supe á quien ceñí el acero.
Ya lo sé, una sangre alienta
la nobleza de los dos,
quien os afrentare á vos,
á mí, Bernardo, me afrenta.
Mi sobrino sois y así,
por excusar de ese exceso,
en público lo confieso:
sed gentil-hombre por mí.
Ninguno es en toda españa
mas noble, estimad mejor
el oficio y el valor,
que os dió el conde de Saldaña,
para que la envidia necia
vea y llore de camino,
que un Rey os llama sobrino,
quando hijo un conde os desprecia.
Bern. Ya, señor, que de honras tales
me habilitais cuerdo y sabio,
puesto el generoso labio
sobre vuestros pies reales,
os pido, suplico y ruego,
permitais que sepa yo
el padre que el ser me dió.
Rey. Esto no ha de ser tan luego.
Bern. Mayores ansias me dan,
señor, mientras mas aguardo.
Rey. Mi sobrino sois, Bernardo,
y ahora no sepais mas.
Vamos, conde, por traydor
declaro al que descubriere
á Bernardo, sea quien fuere,
quien es su padre. *Rub.* Señor,
secreto sabré guardalle.
Rey. Esto á mi servicio importa.
Bern. Qué sea mi dicha tan corta!
Monz. No es sino larga de talle.
Albricias debieras dar,
si ya no es que codicias
ahorrarte las albricias,
pues yo las he de cobrar.
Bern. Que hijo al fin yo no nací
del conde don Rubio? *Rey.* No.
Bern. Quién lo verifica? *Rey.* Yo.
Bern. Soy vuestro sobrino? *Rey.* Sí.
Bern. Pues lo demas que callais
algun dia lo sabré,
que ilustre mi padre fué,
pues sobrino me llamais:
solo falta, que la mano
me deis. *Rey.* Los brazos os doy.
Monz. Item mas. *Rey.* Qué?
Monz. Que desde hoy
no le trate de villano
el conde Rubio, pues ya
será fuerza que confiese,
que es delito y crimen ese
de sobrino::- *Rey.* Bien está.
Monz. Item, pues desde este dia
es sobrino despadrado,
haya quien tenga cuidado
de su bocólica y mia.
Item::- *Rey.* Hay mas desatinos,
Monzon? *Monz.* Que en el cartapacio
de las damas de palacio
nos traten como sobrinos, (mensa,
Item::- *Rey.* Otra? *Monz.* Esta es la
que todo aqueste arancel
guarden conmigo y con él
botellería y dispensa. *vanse.*
Sale el conde de Saldaña de camino.
Cond. Con tanta priesa he venido,
y con tanta he de pasar,
que el camino ha de dudar
si he volado ó si he corrido.
Pediréle alas al viento;
mas serán torpes y malas,
que no he menester sus alas
si voy en mi pensamiento.
Y mas quando en esta calma
el sol que ilumina el dia,
leves suspiros me envia
por mensageros del alma.
Mas pues no puedo excusar
el poner en propia mano
esta carta, al castellano

de Luna quiero llamar.
Qué notable fortaleza!
qué bien murado castillo!
que desplomado rastrillo!
qué almenage! qué grandeza!
qué dificultosa entrada!
apenas la errada puerta
se permite al sol abierta;
parece estancia y morada
del miedo: ha horror me provoca.
Mas con regalado acento *tocan dentr.*
tocar oigo un instrumento:
no toca mal quien le toca.
Cant. Contento, hácia dónde estás?
que el mundo todo te adora,
por hallarte, quien te ignora,
quien te halla, porque te vas.
Cond. A quien (ay cielo!) no espanta
ver, que al contento oportuno
jamas le tiene ninguno?
qué bien dice! qué bien canta!
siempre el contento faltó,
siempre en su sombra se ofusca:
quien no le tiene, le busca;
quien le tuvo, le perdió.
Cant. Forman de tí sentimiento
humildes y poderosos:
si á todos tienes quejosos,
por qué te llaman contento?
contra tí es claro argumento,
quando caminando vas,
lo incierto que siempre estás
llorando, quando te adora
por hallarte, quien te ignora,
quien te halla, porque te vas.
Cond. Vive Dios, que ha suspendido
mi alma esta voz: ó quánto
á la dulzura del canto
se persuade el oído!
qué inconstante es la fortuna!
qué de por vida el pesar!
mas quiero llamar y entrar:
ha del castillo de Luna.
Por lo alto del castillo el Alcayde.
Alcay. Quién llama?
Cond. Quien irse luego
pretende; abrid, castellano,
porque ponga en vuestra mano
del rey de Leon un pliego.
Alcay. Que vuestro nombre me deis
espero. *Cond.* Milicia extraña!
el conde soy de Saldaña.
Alcay. Suplícoos que perdoneis.
Cond. Nunca el órden se condena:
abrid, Alcayde el castillo.
Entrase el Alcayde.
Alcay. Ya han levantado el rastrillo,
entrad, conde, en hora buena.
Cond. Voy á entrar, y el corazon
me dice: Jesus, qué engaño!
qué discurso tan extraño!
qué fantástica ilusion!
entraré ó daré la carta
sin entrar? terrible puerta?
ó quanto el temor dispierta
quien de su lealtad se aparta!
ay infanta de mi vida!
si á verte no volveré?
parece que en cada pie
tengo una montaña asida.
Si el rey ::- mas esto es locura,
mortal parece que estoy,
y que por mi pie me voy
entrando en la sepultura.
A resolverme no acierto,
temeroso y discursivo,
quando discurro, estoy vivo,
quando inmovil, estoy muerto.
Ya es fuerza, que me resuelva
á la obediencia importuna:
entro al castillo de Luna,
plegue á Dios, que á salir vuelva.
Entra, y salen el Alcayde y soldados.
Alcay. Con órden del rey, sin duda,
viene el conde. *Sold.* Qué será?
Alcay. Ella misma lo dirá,
que obra ciega y habla muda:
salir quiero á recibillo. *sale el conde.*
Cond. Bien lo podeis excusar,
Alcayde. *Alcay.* Hoy tiene de honrar
Vueselencia este castillo.
Cond. Es imposible, que paso
muy de priesa á Barcelona
á cosas de la corona;
y como esta fuerza es paso,
me mandó el rey que este pliego
os diese: abrirle podeis, *dasele.*
porque vos lo executeis,

y porque yo parta luego:
que he de volver á Leon
tan aceleradamente,
que dude si he estado ausente
la mas curiosa atencion.
Alcay. Conde. *Cond.* De qué os admirais?
Alcay. De que el rey lo que decís
no escribe, y de que venís
mas despacio que pensais.
Cond. Cómo? qué pudo escribir?
Alcay. El rey::- excuso el decillo:
soldados, echad el rastrillo,
que el conde no ha de salir:
leed, conde, estos renglones. *dásele.*
Cond. Primero, Alcayde (ay de mí!)
con el alma los leí.
Alcay. Prevenid luego prisiones.
Cond. O qué bien agradecido *ap.*
os he de estar, corazon!
vuestras profecías son
tan ciertas, como esta ha sido.
Va uno por la cadena.
Mas porque de verdadero
os canonicen y crean,
lean los ojos, y crean
lo que vos visteis primero.
Lee. *Alcayde del castillo de Luna, luego que haya llegado el conde de Saldaña con este ú otro despacho, le sacareis los ojos, y le pondreis en la mas obscura prision del castillo.* Yo el rey.
Llegasteis desdichas mias,
mas no hicisteis mucho, no,
si os ayudó el rey, y yo
traigo las cartas de Urías.
Prendióme el rey, bien pudiera
templar conmigo el rigor;
mas quien no sabe de amor,
achaques tiene de fiera.
De nada tanto me aflijo,
aunque mas penas aguardo,
como de que á mi Bernardo
le encubrí que era mi hijo.
Há rey! cautelas y engaños
á tu prision me han traído,
sepultando en el olvido
servicios de tantos años:
vive Dios, que me provoco.
Alcay. Ya, conde, no es tiempo de eso,
considerad que estais preso.
Cond. Perdonadme, que estoy loco.
Alcay. A un soldado de los dos
entregad la espada luego.
Cond. A vos, Alcayde, os la entrego,
y harto hago en dárosla á vos;
y tratadme con decoro,
que aunque preso, soy quien soy,
y en aquesta espada os doy
muchas victorias del moro,
que al rey mi señor le he dado
escrita con sangre roxa
en el libro de mi hoja
de ese acero desgraciado.
Alcay. Prevenid una cadena. *póneséla.*
Cond. Yo os agradezco el rigor,
que un prisionero de amor
á estos hierros se condena.
Alcay. Prisiones de enamorados
siempre son graves prisiones.
Cond. Son de oro los eslabones,
y por eso son pesados;
y que me saqueis los ojos
tambien he de agradecer,
por tener mas que ofrecer
al dueño de mis enojos.
Ay divina infanta mia!
los ojos mi amor te ofrece,
para que mi noche empiece
donde se acabó tu dia.
Alcay. Apelad al sufrimiento,
conde, que á eso se dispone
aquel que atrevido pone
sobre el sol su pensamiento.
Cond. Vamos, ojos: al crisol
de amor os he de entregar:
quien al sol pudo mirar,
no vuelva á mirar al sol.
En obscuridad y espanto
quedais; y pues para ver,
ojos, no os he menester,
ciegos bastais para el llanto.
Alcay. Qué lastima! qué dolor!
Cond. Muera así quien no recela
de un sabio rey la cautela,
y la envidia de un traydor.
Pero en efecto, aunque mas
la envidia sea contra mí,
la gloria que mercí,

no podrá borrar jamas.
Ni el rey ni el mundo podrán
reducir á eterno olvido
lo que ya una vez ha sido;
quede ciego, quede en calma
quien goza tales despojos,
porque le salga á los ojos
la calentura del alma.
Pues, ojos, dexaos cegar,
que ya la fama responde:
aquí tuvo fin el conde:
qué desdicha! qué pesar!

JORNADA TERCERA.

Salen el rey, don Rubio y acompañamiento.

Rey. Agradecido os estoy,
conde don Rubio, al aplauso
y grave recibimiento,
que ayer, generoso y franco,
hicisteis á mi sobrino
Bermudo, á quien he llamado
para hacerle mi heredero.
Así me vengo, así trato *ap.*
de hacer mas grave el castigo,
mas penoso y mas pesado
en mi injusta hermana. *Rub.* Ha sido
digna eleccion de un rey casto.
Rey. Verdad es, que con la pena
y el enojo, atropellando
la cólera á la razon,
del primer furor llevado,
tambien ofrecí lo mismo,
conde, al frances Cárlo magno:
la respuesta ha diferido,
no sé si querrá aceptarlo.
Rub. Viendo, señor, que ya tienes
heredero será agravio
de la nacion española.
Rey. Hermana, pues causa has dado
á esta accion, bien es la veas,
para hacer mayor tu llanto,
con la eleccion de Bermudo,
que han de jurar mis vasallos.
Rub. Ya conoces mi lealtad.
Rey. En qué se ocupa Bernardo?
Rub. Rompiendo lanzas está
en el parque de palacio,
Rey. Bien está, ocúpense en eso
sus pensamientos bizarros.
Rub. Ya la infanta, con sus damas,
y Bermudo acompañado
de la nobleza, han venido.
Rey. Volved la silla, que en acto
como este, quiero que sirva
á mi grandeza y su espanto,
con la cortina de asturias
todo el dosél castellano.

Siéntase el rey, y vase don Rubio, tocan caxas, y sale la infanta por una puerta, y por la otra Bermudo muy galan y acompañamiento, y hacen reverencia al rey.

Rey. Tomad asiento, Bermudo:
doña Ximena, sentaos.
Berm. Primero, señor, primero,
pues de Asturias he llegado
á veros, dareis licencia
para que os bese la mano.
Inf. La misma licencia os pido.
Berm. Ya la espero. *Inf.* Ya la aguardo.
Rey. Tiempo habrá para eso, haced
ahora lo que yo mando. *siéntase.*
Bien sé, Bermudo, bien sé,
que extrañareis el llamaros
tan aprisa, no sabiendo
la causa para que os llamo.
Berm. Tu carta, señor, me dieron
en Cobadonga, fue tanto
mi alboroto, que partí
con solo veinte hijosdalgo
que me estaban asistiendo,
y sobre el mismo caballo
en que andaba á caza.
Dentro Bernardo. Abrid,
que para mi no hay cerrado
cancél, ni cerrada puerta.

Sale Bernardo con una lanza, y Monzon armado lo mejor que pueda.

Bern. En la forma que me hallaron
las nuevas de este suceso,
vengo, señor, á palacio
cansado de romper lanzas,
mas no de servir cansado.
Hecho un herizo de puntas
queda el Faquí, tres caballos
he rendido y treinta lanzas,

en desmentidos pedazos,
subieron á ser centellas
entre los ardientes rayos
del sol, volviendo despues
pálida ceniza al campo.
Altéranse, y se levanta Bermudo.
Rey. Volveos á sentar, Bermudo,
no os altereis, que Bernardo
armado os da el parabien,
y el bien venido os da armado:
vive Dios, que le ha temido. *ap.*
Berm. Si acaso es este el bastardo? *ap.*
por cierto que es lindo mozo,
y por extremo bizarro.
Bern. No me habla el tal Bermudo? *ap.*
pues yo tampoco le hablo.
Guarda esta lanza, Monzon. *dásela.*
Monz. Vive Cristo, que han temblado,
y que pensaron sin duda,
que entrabas á lancearlos.
Bern. Vuestra alteza me permita,
que á un hombre, que importa tanto
en tu presencia, eche menos:
cómo, si aquí se han juntado
para accion tan grande, falta
el mayor de tus vasallos,
el mas noble, el mas leal,
el mas valiente y bizarro
el gran conde de Saldaña?
Rey. Está ausente y ocupado
en cosas de mi servicio. *sale un criado.*
Criad. El embaxador del Carpio
pide para entrar licencia.
Rey. Entre Abenyusef.
Sale Abenyusef, moro, embaxador.
Monz. El perrazo,
qué galan viene de plumas!
qué soberbio! y qué finchado!
Aben. Alfonso valeroso, el cielo guarde
tu real persona, y á mayor trofeo,
antes que llegue el sol donde mas arde,
se corone tu frente de himeneo.
Rey. Vamos al caso embaxador, q̃ es tarde,
lo que dice tu rey saber deseo. (to,
Abe. Si no me engaña, Alfonso, el pensamiẽ-
albricias me has de dar; estame atento.
Almanzor, que en Toledo sobre el tejo
tiene su Alcazar, y su silla tiene,
á quien tanto cristal sirve de espejo,
que á porfia del sol es luz perenne,
salud por mi te envia; y el consejo,
que por suyo y primero te conviene
tomar (no pienso mal, si considero,
que siendo tu enemigo, es el primero.)
Dice, que sabe por noticias ciertas,
que por guardar la castidad que guardas
(no sé, señor, si en esta parte aciertas)
la sucesion anulas y acobardas,
y entregas, capitúlas y conciertas
á Castilla al frances, cuyas gallardas
lises las convidas, con cruel saña,
á la invasion de la invencible España.
Y así, de tus intentos condolido,
con noble pecho y con piedad humana
te pide, y yo por él, señor, te pido
la divina hermosura de tu hermana
para su esposa, puesto que vencido
está el inconveniente de cristiana,
en el no profesar iguales leyes,
con exemplares muchos de otros reyes.
Si en esto vienes, si á conciertos tales
te inclinas, estimando la persona
de Ximena, pondrá á sus pies reales
el laurel inmortal de su corona,
y vinculando paces inmortales,
con parentesco que la sangre abona,
adornarán sus sienes algun dia
Lorca, Murcia, Xeréz y Andalucía.
Pero si ingrato su aficion desprecias,
pero si entregas al frances las llaves,
á una guerra darás dos causas necias,
á un castigo darás dos culpas graves:
si de español legítimo te precias,
cómo olvidarte de Pelayo sabes?
cómo al frances (resolucion extraña!)
entregar quieres la indomable España?
pues primero que en ella belicoso
Cárlos, de tí llamado, estampe huella,
has de ver nuestro exército copioso
vengar á España en su mayor querella,
que bien sabrá valiente y animoso,
quien conquistarla supo, defendella,
y á tí, despues que la haya defendido,
te quitará el laurel no merecido.
Esto manda mi rey te notifique:
con la paz te convido ó con la guerra:
aquella acepta ó esta se publique;
su amistad oye ó los oidos cierra,

porque el enojo ó la piedad se aplique
á perdonar ó arruinar tu tierra,
que para resistir tanto enemigo,
primero, Alfonso, ha de acabar contigo.
Rey. Quiero, atento á mi decoro, *ap.*
que Bernardo hable por mí.
Ya tu embaxada entendí:
Bernardo, responde al moro.
Bern. Dile á tu rey que se engaña,
ó que le engañó el traydor,
que imputó al rey mi señor,
que quiere entregar á España:
y que tambien se condena
á otro engaño, en entender
que puede ser su muger
la infanta doña Ximena.
Dos veces su engaño sienta,
si necio por él suspira,
que lo primero es mentira,
y lo segundo es afrenta.
Con esto te he respondido,
y quando hacer guerra intente,
dile, que junte su gente,
dile, que marche atrevido:
pero que si en Francia acaso
nos juntáremos yo y él,
partiremos el laurel,
impidiendo á Francia el paso.
Y que seremos amigos
contra la furia francesa;
pero acabada la empresa,
eternamente enemigos:
porque atento á mi valor
confiese España despues,
que la defendí al frances,
y la libré de almanzór.
Y puesto que aquí has andado
arrogante y atrevido,
el castigo merecido
á tus locuras no he dado,
porque embaxador no ofendes,
y enojado contra francia,
te perdono la arrogancia
por lo que ha España defiendes.
Abeny. Mi embaxada deslució. *ap.*
Bern. Vete, goza de la ley;
y si pregunta tu rey,
quien la respuesta te dió,
dí, que con pecho gallardo
respondió á su desatino
del rey Alfonso un sobrino,
y que se llama Bernardo:
no te vas? *Aben.* Graves respuestas!
Bern. Agurdas á que me enoje,
y que enojado te arroje
por una ventana de estas?
Aben. Peso yo mucho, Bernardo,
y es mi rey muy poderoso.
Bern. Huélgome, que seas brioso.
Aben. Huélgome, que seas gallardo:
quando en presencia del dia
resplandece alguna estrella,
es señal que toca en ella
del sol la ardiente harmonía:
y pues tú brillando estás
en presencia del sol, creo,
que es conforme á su deseo
la respuesta y luz que das.
Bern. No de un sol, de muchos soles
un español se acompaña.
Aben. Tambien los moros de España
somos, Bernardo, españoles.
Bern. Africano sois, que en ella
vuestro imperio dilatasteis.
Aben. Y vosotros no baxasteis
de la scitia á poseella?
aliento, espíritu y manos
nos influye un cielo á todos:
que tuvieron mas los godos,
que tienen los africanos?
Bern. Ganarla al romano arnés
nuestras valientes espadas.
Aben. Y nosotros á lanzadas
os la quitamos despues.
Bern. Que fue á lanzadas conoces
mucha sangre derramando,
mas yo la iré restaurando
á bofetadas y á golpes.
Aben. Tira, y te responderá
aquella abrasada aroma,
aquel carbon de mahoma,
aquel pebete de Alá,
aquel adusto tizon,
ó abrasante maravilla
que deborando á castilla
á sus pies puso el leon.
Bern. Arrogante, moro, estás.
Aben. Toda la arrogancia es mia.

Bern. Yo te buscaré algun dia.
Abeny. En el Carpio me hallarás,
Alcayde del Carpio soy.
Bern. Ya dudo, que en él me esperes.
Aben. Ay de tí, si al Carpio fueres! *vase.*
Bern. Ay de tí, si al Carpio voy!
Rey. Invencible es su valor. *ap.*
Bern. Perdona si en tu presencia
me he tomado esta licencia
de responder á Almanzor
colérico y arrojado;
porque sé por cosa llana,
que ni le has de dar tu hermana,
ni al rey de Francia tu estado:
pues quando tú hacer intentes
qualquier cosa de las dos,
lo estorbarán, vive Dios
tus vasallos y parientes.
Rey. Qué valor tan atrevido!
Bernardo, está muy bien hecho,
de vos estoy satisfecho,
muy bien habeis respondido.
Besad ahora la mano
á Bermudo, en quien espero
tenga príncipe heredero
el leonés y el castellano.
Bern. Esa es injusta eleccion,
que toda piedad condena,
viviendo doña Ximena
tu hermana infanta en Leon:
á ella sí, por soberana
señora, besaré el pie,
obedeciendo, antes que
á tu sobrino á tu hermana.
Y si por muger perdió
la accion al reyno, imagino,
que sobrino por sobrino,
ninguno es mejor que yo.
Rey. Si porque sobrino os diga,
Bernardo, os desvaneceis,
oídme atento y sabreis
la razon que á eso me obliga.
Bern. Pues para haber de escuchar
mas conforme á mi decoro,
la silla que dexó el moro, *siéntase.*
bien la puedo yo ocupar,
que la merezco mas bien,
y estoy, como veis armado,
de romper lanzas cansado,
y de estar en mí tambien.
Rey. Ya es sobrado atrevimiento:
levantaos, estaos en pie.
Bern. Nunca la silla dexé,
quando una vez tomé asiento.
Rey. Qué es aquesto, vil bastardo?
Inf. Señor::-*Berm.* Mire vuestra alteza::-
Bern. Vuestra es, señor, mi nobleza,
yo soy el mismo Bernardo
que habeis honrado hasta aquí,
á quien caballero armasteis,
y á quien sobrino llamasteis:
y siendo, señor, así,
mi honra está á vuestra cuenta,
pues dixisteis, vive Dios,
quien os afrentare á vos,
á mí, Bernardo, me afrenta.
Y pues ya de vuestra boca
afrentas tales oí,
la mitad me toca á mí,
y á vos la mitad os toca.
Rey. O villano mal nacido!
tambien conmigo se iguala?
prendedle. *Bern.* No hay en la sala
ninguno tan atrevido.
Rey. Qué esto sufro! qué esto aguardo!
no hay ninguno que se atreva?
matadle. *Bern.* Nadie se mueva,
cobardes, que soy Bernardo:
dame esa lanza. *Monz.* A ocasion
la pides. *Rey.* Llegad, prendelle,
vasallos. *Monz.* Nadie resuelle,
cobardes, que soy Monzon. *vanse.*
Berm. Temerario atrevimiento!
Rey. A quien me dió este enemigo
yo le daré igual castigo;
ola, llevad á un convento
á Ximena, muera en él
sin ver al sol. *Inf.* Tus enojos
sienten con llanto mis ojos.
Berm. No es grandeza el ser cruel;
mira, señor::- *Rey.* Quien nació
mi sangre, cómo no siente
mi agravio? aspid reviente
quien ese monstruo parió.
Inf. Ojos, de tristeza llenos,
pedid llanto al corazon,
pues de que os falta ocasion
no os podeis quejar al menos

3ien, que entre tantos enojos,
in duda os podeis quejar,
ue sois pocos á llorar,
i habeis de llorar enojos.
a pena que el alma siente,
liviarla no podeis,
ue ya veo que ofreceis
í mucho mar corta fuente.
Mas para males tan largos,
para penas tan erecidas,
para tales avenidas,
jos, convertíos en Argos.
y. Quien con libre destemplanza
e ofende, me ofende á mí,
pidiendo está contra sí
l castigo y la venganza.
m. Señor::- *Rey.* No hay que replicar,
í un tiempo habeis de partir,
or allí vos á morir,
or aquí vos á reynar. *vanse.*

Sale Abenyusef.

eny. Justamente enojado y ofendido,
a respuesta Almanzor de Alfonso ha oí-
r para castigar ya justamente, (do.
oma las armas y convoca gente.
a está la furia mia
nidiendo el tiempo y deseando el dia
le verme en la campaña
on aquel su sobrino, que en la España
a libertad tan á su cargo toma,
esprecio de Almanzor y de mahoma:
extraño desvarío!
arrogante nacion! ó español brio!
e Monzon de moro, vestido á lo gracioso, con un papel.
nz. Jesus! temblando llego,
iego de lengua, y de razones ciego,
dar este papel: moro gallardo!
álgame un estornudo de Bernardo!
ué diré? que no acierto á saludalle:
layzalema. *Aben.* Extraordinario talle!
uién eres?
nz. Soy un page á media rienda
e un moro (plegue á Dios que no lo enti-
ue sale desterrado de Toledo: (enda) *ap.*
ste papel te escribe. *dale un papel.*
eny. Excusa el miedo:
lega mas.
z. No es, señor, sino respeto,
que soy muy cortesano y muy discreto:
vive Dios, que el demonio no intentara
resolucion igual ni accion tan rara. *ap.*
Lee Ab. *Valeroso Abenyusef, solo por darte cuenta de mis cosas quise pasar por el Carpio: fuera de las murallas te aguardo, confiado en tu nobleza. Alá te guarde.*
No firme. *Monz.* Es discreto el amo mio.
Abeny. Mas parece papel de desafio.
Monz. Jesus! es muy tu amigo,
que viene muy de paz: qué es lo q̃ digo?
Abeny. Qué digiste?
Monz. Perdido soy: Jesus dixe: qué mengua!
lo q̃ en alma está, dice la lengua. *ap.*
Abeny. Cómo se llama?
Monz. Aquí me coge vivo:
don, don::- *Abeny.* Cómo?
Monz. Mal los nombres percibo.
Abeny. Tu dueño has olvidado?
Monz. Soy flaco de memoria y descuidado:
mas Dios me acuerde, si afirmarlo puedo:
Azarque es, desterrado de Toledo,
que es de Azarques muy antigua maña
el vivir desterrados en Ocaña. (re.
Abe. Ahora bien, dile q̃ entre, sea quien fue-
Mon. Como va desterrado; hablarte quiere
primero. *Ab* Entre aunq̃ vaya desterrado.
Mon. Eso será despues de haberte hablado,
porque tambien y todo,
como va desterrado, importa el modo,
y el hablarte de paso,
porque va desterrado. *Abe.* Extraño caso!
qué haceis en referirme este destierro?
Mon. Difícil es, por Dios, cazar un perro.
Abeny. Vé y dile que ya salgo.
Monz. No fuera malo prevenirnos algo
de comer, porque estamos
en ayunas los mozos y los amos.
Abeny. Basta, que eres criado entretenido.
Monz. Comeré como un lobo descosido;
pero no mas de olvidarte de que espera
mi amo. *Abeny.* Luego voy.
Monz. De esta manera *ap.*
engañado, le aseguro.
Abeny. Dónde decís que está?
Monz. Fuera del muro:
no quieras dilatallo. (*vase.*
Ab. Mientras tu comes, me pondré á caballo
Mon. Qué comer? guarda pablo, q̃ por yerro.

vendrá á ser la comida pan de perro,
cogiéndome entre puertas
esos que ahora me las dan abiertas:
mientras toma el caballo se la pego,
tomando las del mismo Villadiego.
Vase, y sale Bernardo de moro, con lanza y adarga.
Bern. Cuidadoso de Monzon,
arreatado á un freno dexo
el caballo, y poco á poco
á las murallas me acerco
por si sale Abenyusef;
el hecho mas árduo intento,
que acreditan las historias
de los romanos y griegos:
pero ya vuelve Monzon. *sale Monzon.*
Monz. Dame tus brazos.
Bern. Qué has hecho?
Monz. Abenyusef te lo diga,
que al galope de un overo
viene tras de mi buscando
al moro Azarque mi dueño,
que así te nombré, y que vienes
desterrado de Toledo.
Bern. Suerte dichosa he tenido.
Monz. No tan dichosa, que el perro
es un jayan, y no está
tan en la bolsa el suceso.
Bern. Qué importa, Monzon, si yo
tengo de mi parte al cielo?
Monz. Ya se apea del caballo,
y á verte viene resuelto.
Sale Abenyusef con lanza y adarga.
Bern. El moro es valiente y noble. *ap.*
Abeny. Guardeos Alá, caballero.
Bern. Bien venido, Abenyusef:
conocesme? *Abeny.* Tu escudero
me ha dicho, que eres Azarque,
y que por cierto destierro
dexas tu patria, aunque tú
en tu papel no hablas de esto.
Bern. Pues no soy sino Bernardo,
moro, que á cumplirte vengo
la palabra, y á buscarte
al Carpio, y yo soy el mesmo
que la respuesta te dió
en Leon, y quien pretendo
ahora darte á entender
quán diferentes y opuestos
somos godos y africanos,
aunque nos influya un cielo.
Abeny. Valiente eres y animoso,
nunca esperé lo que has hecho;
porque venirte á mis manos,
como al iman el acero,
tan bizarro en los peligros,
y tan hallado en los riesgos,
es accion que me ha cogido
de susto todo el aliento.
Bern. El que de español se precia,
obrando mas habla menos.
Abeny. Si he de pelear contigo
lanza á lanza y cuerpo á cuerpo,
bien podrás ser mas dichoso
consiguiendo el vencimiento,
pero mas valiente no.
Bern. Sí lo soy, pues solo vengo
solo á tu casa á buscarte.
Abeny. Toma el caballo.
Bern. Haz lo mesmo.
Abeny. Presto verás si te igualo.
Bern. Presto verás si te excedo.
Abeny. Lástima tengo á tus años.
Bern. Lo piadoso te agradezco. *vanse.*
Monz. A un golpe de la fortuna
se ha envidado todo el resto,
plegue á Dios, que no perdamos;
mas servirá de consuelo
á toda desdicha el ver,
que con buen punto perdemos.
Ya traban la escaramuza,
ya se buscan, y cubiertos
por la mitad de la adarga
tercian el robusto fresno.
Valiente y diestro es Bernardo,
el moro es valiente y diestro;
mas vive Dios, que el muchacho
entra y sale tan ligero,
que dos tiempos executa
primero que el moro un tiempo.
Ea, valor de castilla:
bravo golpe! bravo encuentro!
de la silla le ha sacado,
y desnudando el acero,
bizarramente destroza
la cabeza de aquel cuerpo.
Sale Bernardo embaynando la espada.
Bern. Aquesto es hecho, Monzon,

ponte en el caballo mesmo
del moro, con su cabeza
en el arzon, vé diciendo
por el Carpio; Santiago,
que del Carpio he de ser dueño.
onz. Dame esa mano, señor,
que con lo que ahora has hecho,
Alcides fue un mata moscas,
una dueña fue Teséo,
y un enaño, vive Cristo,
fue Aquiles, y callar puedo.
ern. Haz, Monzon, lo que te mando.
onz. Santiago al Carpio demos,
y en el caballo del moro
entraré por él diciendo
lo que ya en francia los hijos
de la Barbuda dixeron:
Santiago, Santiago. *Bern.* Viva
Alfonso, del Carpio dueño. *vanse.*
len el rey, Bermudo, el conde don Rubio y acompañamiento.
ey. En esta antigua y generosa villa
de Luna, donde á cortes se han juntado
los reynos de Leon y de Castilla,
quiero, Bermudo, que quedeis jurado.
er. Quié levãta su hechura, mas la humilla
mas vuestro quedo, quanto mas honrado.
ey. Este castillo anciano, cuyas piedras,
del tiempo envejecidas peynan yedras,
larga prision ó sepultura ha sido
del desdichado conde de Saldaña:
aquí, de su traicion arrepentido,
exemplo vive á la lealtad de España.
erm. Nunca mas de Bernardo se ha sabido,
que su soberbia presuncion le engaña.
ub. Se sabe, que en el Carpio retirado,
sirviendo al moro, puede dar cuidado.
ey. Nunca á mí me le dió: y yo he sabido,
que no solo á quien es Bernardo atiende,
religioso en la fe que ha recibido,
mas ꝗ del Carpio la conquista emprende.
Esto, conde, es verdad: y aunꝗ atrevido,
su libre condicion tal vez me ofende,
como en él sangre mia considero,
quando estoy mas ayrado, mas le quiero.
Mas qué caxas son estas? *tocan caxas.*
ub. Al son grave
de un atambor, ꝗ los vientos inquieta,
y á la voz de un pífano suave,
que el contrapunto lleva á la baqueta,
Bernardo marcha. *Rey.* Ya sin duda sabe
la verdad, que hasta aquí le fue secreta,
y que en esta prision, viviendo muere
su padre el conde, y libertarle quiere.
Rub. Retirate, señor. *Rey.* Qué decís, conde?
yo retirarme? mi presencia sola
á exército mayor no corresponde?
la autoridad real, la fe española
nunca retira el rostro ni le esconde:
yo solo, vive Dios, he de esperallo,
ꝗ no hay valiente con su rey, vasallo.
Sale Bernardo marchando, y Monzon con banderas y cautivos presos.
Bern. Señor, si tus pies merece
quien tu disgusto ocasiona,
para redimir mi culpa
te ofreceré una victoria.
Al Carpio llegué, y con una
estratagema dichosa,
á Abenyusef su Alcayde,
fiero blason de mahoma,
saqué á la campaña, á donde
de la mia á su persona,
le dí á entender las ventajas
de nuestra nacion heroyca.
Cuerpo á cuerpo le dí muerte,
escribiendo con la roxa
tinta de su sangre, triunfos
para la familia goda.
Con su cortada cabeza
pasé al Carpio (accion heroyca!)
á gobernar á los suyos:
descerrajé las mazmorras
de los cristianos cautivos,
y con su ayuda, aunque poca,
gané el Carpio; bien lo dicen,
aunque en moderada pompa,
esas banderas vencidas,
que arrastradas te se postran.
Y aspirando á mayor triunfo,
con esta pequeña escolta
de prisioneros cristianos,
alcancé feliz victoria
de diez y nueve castillos,
que rendidos me soborban
con vasallage, obediencia,
con blasones, vanaglorias.
Todo es tuyo, solo quiero,

porque al olvido se oponga,
el apellido del Carpio,
y por armas prodigiosas
los diez y nueve castillos,
triunfo de mi espada sola.

Rey. Bernardo, sobrino, amigo,
poco hace quien os perdona,
quando vos sabeis ganaros
la gracia con tales obras.
Dame los brazos, y ya *abrazale.*
que sangre mia os abona,
poned un leon por armas,
y los castillos por orla.

Bern. Con tal favor, magno Alfonso,
temblará el Africa toda.

Rey. Abraza, á vuestro primo.

Berm. Honrais, primo, la corona
de leon, pues por vos solo
tan grandes aumentos goza.

Sale doña Sol, y acompañamiento.

Sol. Deme los pies vuestra alteza.

Rey. Sol habeisme suspendido:
quién á leon os ha traído?

Sol. Una eclipsada belleza,
la mas cortés humildad,
la grandeza mas postrada,
la fe mas ciega y vendada,
la mas presa libertad.
Sabiendo, señor, tu intento,
quien le venera y adora,
que es la infanta mi señora,
para hacer el juramento
poder bastante me ha dado;
y en fe de que mas se humilla,
el derecho de Castilla
en Bermudo ha renunciado:
esta es la renunciacion. *dale un papel.*

Rey. Sol, nunca mas lo habeis sido,
pues me habeis enternecido.

Bern. Aquesta es buena ocasion. *ap.*
Señor, si de mi lealtad
en parte alguna te obligas,
suplicote que me digas
aquella oculta verdad,
que sabes ignoro yo.
Cesen ya, cesen agravios,
y sepa yo de tus labios,
el padre que el ser me dió:
que afrentado en mis enojos,
siendo Sol la luz que estimo,
quando á mirarla me animo;
baxo cobarde los ojos.

Rey. Ambos estan á mis pies, *ap.*
y de ambos siento el pesar.
Sol, volvedme luego ha hablar;
Bernardo, vedme despues. *vanse.*

Sol. Qué tan poco valga en tí,
invicto Alfonso, mi llanto!

Bern. Qué en quien tiene de Dios tant
huya la piedad así!
Sol hermosa, perdonad,
que del alma, si pudiera,
á vos la mitad os diera,
y á la infanta otra mitad.

Sol. Bernardo, en vuestros enojos
parte me toca y no poca;
mas como falta en la boca,
busco la lengua en los ojos.

Bern. Si vos tambien me encubrís
este secreto, qué aguardo?

Sol. No puedo yo hablar, Bernardo.

Bern. Harto en eso me decís.

Sol. Y harto hago en encubrillo.

Bern. Y yo en tener sufrimiento
en la sinrazon que siento.

Sol. Este encantado castillo
encubre lo que buscais.

Bern. Que decís?

Sol. No me entendeis?
desencantallo y vereis
todo lo que deseais. *vanse.*

Bern. Monzon, sin alma he quedado

Monz. Y yo mucho mas, señor,
porque á quien no dá temor
ver un castillo encantado?

Bern. Vive el cielo soberano,
que no ha de quedar en él
piedra, cornisa ó lintel,
que no registre mi mano.

Monz. Sol, si esta nueva nos dais,
por qué tan presto os poneis?

Bern. Desencantadle y vereis
todo lo que deseais?
vén, Monzon, que de mi llanto
la serenidad es cierta.

Monz. Yo me quedaré á la puerta
mientras vences el encanto.

Bern. Qué poco estimais los gozos,

que yo he de partir contigo!
Monz. Nunca, señor, fuí yo amigo
de encantados calabozos.
Bern. En vano, Monzon, procuras
quedarte; pasa delante.
Monz. De que caballero andante
se cuentan mas aventuras?
Bern. Sol lo dixo, y pues lo es tanto,
que deslumbra mi fortuna,
entro al castillo de Luna
á descifrar este encanto. *vanse.*

Sale el conde de Saldaña, con barba cana y cadena mal vestido, como que vá á tientas.

Cond. Desdichada suerte mia,
hasta quando has de durar?
noche, acaba de pasar,
llegue de mi muerte el dia:
noche es la noruega fria,
de mis ojos muerte ayrada:
cómo eres tarda y pesada?
Mas debes de ser muger,
muerte, pues mas quieres ser
temida que no rogada.

Arrimase el conde, salen Bernardo y Monzon con las espadas desnudas.

Bern. Monzon? *Monz.* Señor.
Bern. Hasta aquí
la luz del Sol me alumbraba.
Monz. Eclipsóla mi desdicha,
aquí sus rayos no alcanzan.
Bern. Qué obscuridad! *Cond.* Ay de mi!
Bern. Válgame Dios!
Monz. Que encantada
voz! Santa Clara bendita,
si sois por Clara abogada
de obscuridades, lo claro
de vuestro nombre me valga.
Cond. Triste de mí, sin ventura!
Monz. Cadenita nos arrastra?
moro encantado tenemos.
Bern. Ardientes suspiros lanza,
y tristes lágrimas vierte.
Monz. De esta manera lloraba
aquel cautivo en Orán
en la desierta campaña;
mas aquí, señor, yo pienso,
que dos mil demonios andan.
Bern. Vive Dios, que he de saber
quien se queja, ó porque causa.
Cond. Quando entré en este castillo
apenas tenia barba,
y ahora por mi desdicha,
la tengo crecida y cana.
Olvidado estoy, sin duda:
pero quien está en desgracia
de su rey, todos le olvidan,
hasta su sangre le falta.
Qué bien se vé! pues mi hijo,
siendo prenda tan del alma,
con tanto descuido vive,
con tanto olvido me agravia.
Valiente me dicen que es
los monteros y los guardas,
que dicen sus valentias,
y me cuentan sus hazañas.
Bern. Hácia aquí, si no me engaño,
queda una voz se escuchaba.
Cond. Ay hijo del alma mia!
sombra he quedado y fantasma
de estas obscuras tinieblas,
de estas lóbregas moradas.
Monz. Fantasma dixo? qué esperas?
quién nos mete con fantasmas?
Bern. Quién eres, sombra ó vision,
que atemorizas y espantas?
de qué agravio te lamentas?
de qué sin razon te agravias?
Cond. Quién es el que lo pregunta?
Bern. Quien, pisando horrores, llama
á los peligros, se atreve
á poner aquí las plantas
de este encantado castillo,
porque le importa á su fama
saber lo que en él se encierra.
Cond. Si esa inclinacion gallarda
tuviera algun hijo mio,
no fueran mis penas tantas.
Bern. Haced cuenta que lo soy,
y decidme lo que os falta,
que vive Dios, que descienda
de un riesgo en otro, á la estancia
del abismo, y que encadene
aquel monstruo de tres caras
con los yerros que le afligen,
y vuestro encanto deshaga.
Cond. No estoy encantado, no,
muerto sí, que es mas desgracia.

Monz. Muerto dixo? aquí del miedo:
aun peor está que estaba.
Cond. Posible es que no sabeis
mi historia, quando en españa
es tan pública, que ya
hasta los niños la cantan?
Bern. Que yo lo ignoro confieso.
Cond. Entre otras pobres alhajas
ha de haber aquí una silla: *siéntase.*
sentaos, la oireis, que no es larga.
Muchos años ha (que muchos
son los que en prision se pasan)
que en aquestos hierros vivo,
siendo otros yerros la causa:
aunque si yerros de amor
se disculpan en quien ama,
nunca en generosos pechos
cupieron tantas venganzas.
Verdad es que de mis penas
la mas crecida no iguala
al menor bien que gocé;
que aunque todas las pasadas
glorias parecen menores,
las mias no se comparan
con las demás, porque fueron
mas allá de la esperanza.
Volé al sol (qué atrevimiento!)
llegué al sol (qué libres alas!)
fuí envidiado (qué peligro!)
caí del sol (qué desgracia!)
Fuí yo en mis años primeros
muy dichoso con las damas,
que era muy galan decian:
ay Dios, cómo se engañaban!
puse los ojos en una,
que por lo menos fue hermana
del rey de Leon el casto:
aquí la memoria acaba,
perdonad, que me enternezco
en tratando de la infanta.
Bern. Descansad, que con el llanto
los afligidos descansan.
Cond. Merecí favores suyos,
y resultó de esta causa
un hijo, que ahora (ay de mí!)
con qué ingratitud me paga
el ser que le dí, pues nunca
se ha acordado de mis canas!
serví al rey contra los moros
de Toledo y Calatrava,
ganando muchas victorias,
venciendo muchas batallas,
porque peleaba amor
con el afecto y las armas.
Las mercedes que me hacia
á mis amigos las daba
para enmudecer la envidia,
si hay precio que tanto valga.
Viéndome, al fin, un traydor,
que era el mismo que criaba
mi hijo, zeloso en fin,
que zelos lealtad no guardan.
Descubrió al rey el secreto,
y con unas falsas cartas
á este castillo me envia,
donde riguroso manda,
que en él me saquen los ojos,
y que en esta prision vaya,
como el gusano de seda,
con mi llanto y con mis ansias,
labrando para la vida
el sepulcro y la mortaja.
Pero lo que mas me aflige
en penas tan dilatadas,
es, que la sangre en mi hijo
ni le incita ni le llama,
ni de mi prision se ofende,
ni de mi olvido se agravia.
Sobrino le llama el rey,
y pienso que esta es la causa
que le obliga á este desprecio;
pues vive Dios que se engaña,
que si es noble, por mi es noble,
si es valiente, de mi espada
heredó la valentía:
si las lunas Africanas
pone á sus pies, de mi historia
son capítulos que arranca,
párrafos que deletréa,
y cláusulas que traslada.
Enojado estoy: ay hijo!
perdona si mis palabras
te ofenden, y vos, señor,
perdonadme, que me saca
de la modestia el pesar
pero la vejez me salva.
Bern Puede ser que vuestro hijo
viva en la misma ignorancia

que yo, que nunca he sabido
de quanto decís palabra:
cómo se llama? *Cond.* No sé;
ya no sé como se llama,
que solo el nombre de hijo
tenaz la memoria guarda.
El Carpio ha ganado ahora,
y fuera mejor ganancia
dar libertad á su padre,
ó á lo menos procurarla.
Bern. Ay padre del alma mia! *ap.*
llegó el desengaño al alma;
mas basta saber quien es,
hagan los efectos pausa,
y al silencio de los labios
mueva el corazon las alas.
Podré yo saber quien sois?
Cond. Notable es vuestra ignorancia,
pues mi nombre no sabeis:
el conde soy de Saldaña.
Bern. Dexa padre generoso,
que en su llanto se deshaga
á tus pies un hijo indigno. *arrodillase.*
Cond. Qué decís? aquí se acaba
mi vida, que del contento
tal vez la alegria mata.
Bern. Bernardo tu hijo soy.
Cond. Bernardo, hijo, que el alma,
se me acabó de alegrar,
(ay hijo de mis entrañas!)
ya estarás hombre? *Ber.* Y tan hombre,
que á saber esta ignorada
verdad, hubiera deshecho
piedra á piedra la muralla
de esta prision por librarte,
aunque al respeto faltara:
mas que del rey, tengo queja
de tí, porque lo callabas,
quando la sangre en mi pecho
me lo dixo veces tantas.
Monz. Y Monzon tambien, señor,
va pelechando, aunque anda
á pleyto con sus vigotes,
porque de tan mala gana
salen, que barba á lo tigre,
un pelo aquí, y otro en Francia.
Cond. Hijo, Monzon, aquí estás?
Monz. Si señor, la mano alarga,
tentarás unos vigotes
sietemesinos, que aguardan
un barbero del Japón
con indianas esperanzas;
y por ello pienso, que
les han quemado en estátua.
Bern. A deshacer este encanto
me entré aquí, y porque deshaga
encanto y agravio á un tiempo,
hoy, á pesar de las guardas,
Aquiles de aquestos hombros,
saldrás de prision tan larga.
Cond. No, hijo, no quiero yo,
con el amor os culpaba;
sin que lo consienta el rey,
ni aun la libertad me agrada.
Pedidsela vos, Bernardo,
que de los reyes la gracia
con la ingratitud se pierde,
y con los ruegos se gana.
Monz. Señor, el rey, don Bermudo,
doña Sol, don Rubio y hachas,
una procesion, con otra
de picas y de alabardas,
van entrando. *Cond.* Ay de mí triste!
muerto soy: sobresaltada
la vida entre dos extremos
se apresura y se desmaya.
Salen el rey, doña Sol, Bermudo, don Rubio y acompañamiento con hachas.
Rey. Retiraos, dexadme solo,
y porque nadie se salga,
echad, Alcayde el rastrillo.
Bern. Con que tú lo mandes, basta
que para prender leales,
rastrillos son las palabras
de los reyes, mayormente
quando al filo de esta espada,
ni herrada puerta es defensa,
ni fuerte rastrillo es guarda.
Alfonso, rey de Castilla
y de Leon, á quien llaman
el Casto (pluguiera al cielo,
que nunca te lo llamaran,
pues es virtud, que en los reyes
la sucesion embaraza)
yo soy Bernardo del Carpio,
y yo nací de tu hermana
la infanta doña Ximena
y del conde de Saldaña.

Esta verdad me has negado:
y aunque sobrino me llamas,
no es buen parentesco aquel
a donde el padre se calla.
Yo le he hallado en el castillo,
á quien encantado llaman,
quizá porque tú, señor
en él á mi padre encantas.
A rescate te lo pido:
mira quantas Africanas
cabezas quieres por él;
y si aquesto no te agrada,
y en tu reyno esta moneda
por forastera no pasa,
banderas, villas, castillos
te ofrezco; quede asentada
en tus libros la razon,
que como mi padre salga
de la prision, el valor
de Bernardo la afianza.
Mas si cruel me la niegas,
aun bien que á puerta cerrada
nos hallamos, vive Dios,
que de quantos te acompañan
no ha de quedar hombre vivo,
empezando mi venganza *desembayna.*
por algun cobarde amigo,
que traydor me escucha y calla.
Y quando me haya vengado
pondré, señor, á tus plantas
mi cabeza, porque veas,
que la obediencia no falta.
Rey. Cese, Bernardo, el enojo,
vuelve la espada á la bayna,
que á daros á vuestro padre
entré aquí, y á que la infanta
sea su esposa, y vos quedeis
legítimo á fuer de España.
Bern. A fuer de esclavo, señor,
mi boca en tus pies se estampa.
conde, señor::- mas qué es esto?
muerto está. *Rey.* Qué decís?
Bern. Basta,
que, ó le mató el contento,
ó el respeto de que entrabas.
Rey. Miradlo bien.
Bern. Marmol frio
yace en cadenas pesadas:
há buen conde Sancho Diaz!
há buen señor de Saldaña!
Rey. La mano aun despues de muerto,
se la ha de dar á mi hermana.
Bern. Retiraos todos, que quiero
cortar prision tan pesada
con el lustre de mis glorias,
ó el filo de aquesta espada:
Sol, vuestro esclavo es Bernardo.
Sol. Soy dichosa. *Monz.* Porque vaya
la soga tras el caldero,
yo me casaré mañana
al instante. *Bern.* Y el bastardo
de Castilla en esto acaba.
Monz. El casamiento en la muerte,
el tálamo en la mortaja,
y á un tiempo exêquias y bodas,
que esto hace quien se casa.

FIN.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de Joseph y Thomas de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.
Año 1776.